



**El payaso
debe morir
y otros cuentos**

PEQUEÑA ANTOLOGÍA
PERSONAL

Efraím Blanco



LENGUA DE DIABLO

EDITORIAL

EL PAYASO DEBE MORIR Y OTROS CUENTOS

PEQUEÑA ANTOLOGÍA PERSONAL

EFRAÍM BLANCO



LENGUA DE DIABLO



EDITORIAL

El payaso debe morir y otros cuentos. Pequeña antología personal.

D.R. © 2020 Efraím Blanco

Foto de portada camilohernandez1000 en Pixabay.

D.R. Para esta edición © 2020 Lengua de Diablo Editorial

Pueblo de San Antón, Cuernavaca, Morelos, México

<http://www.lenguadediablo.com>

<http://www.twitter.com/lenguadediablo>

<http://www.facebook.com/lenguadediablo>

Primera edición marzo 2020 en plena pandemia por el Covid19.

EX-LIVRIS: Jacobus de Teramo - *El Demonio ante las Puertas del Infierno*, del libro “Das Buch Belial”; publicado en Augsburg, 1473.



Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Usted es libre de: Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. La licenciante no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia.

Bajo los siguientes términos:

Atribución — Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

SinDerivadas — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Todos los derechos reservados, incluida la reproducción en cualquier forma. *All rights reserved, including the right to reproduce this book, or portions thereof, in any form.*

Impreso y hecho en México. *Printed and made in Mexico.*

En el primer volumen de Parerga und Paralipomena, releí que todos los hechos que pueden ocurrirle a un hombre, desde el instante de su nacimiento hasta el de su muerte, han sido prefijados por él. Así, toda negligencia es deliberada, todo casual encuentro una cita, toda humillación una penitencia, todo fracaso una misteriosa victoria, toda muerte un suicidio. No hay consuelo más hábil que el pensamiento de que hemos elegido nuestras desdichas.

Jorge Luis Borges

Cuando te pones un traje de payaso y una nariz de goma, nadie tiene ni idea de quién se esconde debajo.

Stephen King

ESOS MALDITOS ZOMBIS

¡Usted ahora es un zombi!

Dr. House

Ser un muerto viviente tiene sus ventajas.

Conforme han pasado los días han dejado de preocuparme algunos esquemas de la sociedad. La sociedad misma ha dejado de prestarme la misma atención que solía prestarme, lo cual también me parece perfecto. El otro día, un sujeto de traje y corbata vino a visitarme a la casa. Sospecho que quería cobrarme los impuestos, que tenía atrasadísimos antes de la infección, pero cuando abrí la puerta y pudo ver mis fachas, se disculpó cortésmente y lo vi anotar en una pequeña libreta: ciudadano no disponible.

Cuando la infección empezó, el gobierno hizo lo posible por ocultarla. Como siempre, la verdad, no los entiendo. La mayoría de la gente en las zonas más pobladas llevaba ya, en su ADN, la predisposición a contagiarse del virus. Así que las etapas de la gripe estacionaria y su rápida proliferación con los malditos frentes fríos en invierno, ayudaron a que la transformación no fuera tan notoria, pero sí precisa e indetenible.

Para el primer fin de semana largo del año todos éramos unos malditos zombis.

Las primeras señales eran leves: dolores de cabeza, cansancio, catarro. Podrían ser cualquier cosa. Así que nadie podía hacer nada para curar la enfermedad, mientras se elevaban las ventas de fármacos que ocultaban los síntomas.

Para cuando la familia del presidente de la república se vio

afectada, comenzaron las campañas de vacunación tratando de salvar a los que fuera posible. Pero era demasiado tarde. Las oficinas estaban plagadas de muertos vivientes. Los taxis-tas, las amas de casa y la clase política estaban todos convertidos en unos amasijos de carne que buscaban comida donde les fuera posible y batallaban para controlar su violencia. El espacio personal se redujo de manera considerable. Algo en los genes de un zombi lo hace buscar compañía. Por eso no es extraño verlos caminar hombro con hombro o en grupos que parecen andar hacia el mismo lugar.

En mi caso, he procurado evitar esos tipos de contactos con otros individuos infectados. Nunca he sido un tipo muy sociable y, si acaso, suelo correr para alcanzar un elevador o a algún pobre imbécil no contagiado que ha salido a la calle sin una pistola en la mano. Le tenemos miedo a las pistolas. Por fortuna, un zombi controlaba el mercado de las armas en el país y restringió su venta a ciudadanos que no presentaran síntomas del contagio. Me cuenta, en uno de nuestros encuentros, que las ventas se fueron al cielo en cierto momento. Mucha desesperación e ignorancia, pienso yo. De alguna manera la tasa de suicidios en zombis se ha elevado considerablemente. Sucede que muchos sujetos no saben cómo lidiar con su nuevo estado y buscan una salida fácil.

Y estúpida, diría yo.

Porque si ha habido una ventaja de este estado, ha sido poder conseguir comida. Los zombis, contrario a las falacias de las películas, gustamos de muchos tipos de manjares. En lo

particular, soy uno de los que le huyen a las tradiciones hollywoodesas de comer cerebros o partes humanas. No. Desde hace unos meses me he unido a un grupo de amigos que fueron vegetarianos en su vida anterior y desde entonces la he pasado de lujo. No más grasas animales, por favor. Así que hemos implementado diversos comedores comunitarios en los que los hermanos putrefactos pueden acudir a alimentarse de comida orgánica y de buenos beneficios para su nuevo ser. Estudios recientes indican que la ingesta de frutas y verduras le da consistencia a nuestra piel, de por sí frágil, y de alguna forma logra recuperar algo de su lozano color; así que no tenemos que ser el cliché del muerto viviente con los pedazos de carne podrida cayéndosele del cuerpo. No señor. Los infectados de la nueva generación queremos proyectar otra imagen.

A veces miro con tristeza a todos mis colegas zombis.

Me siento en la silla de mi oficina y veo desde la ventana. Allá abajo, algunos han decidido optar por la barbarie. Los que añoran la imagen del zombi salvaje salen a la caza de los pocos humanos que quedan. Así que algunos zombis se han dado a la tarea de formar asociaciones que protejan la vida de los no portadores. Difícil labor de convencimiento. Ir de puerta en puerta, sobre todo los domingos, para convencerlos de que hay un mundo mejor y que ellos pueden ser los elegidos. Que no se conviertan en comida de los incivilizados muertos vivientes que tienen al borde del colapso a nuestra bella sociedad.

En casa de mamá las cosas no han sido fáciles. Mi viejita, encerrada en su casa a piedra y lodo, a veces me deja entrar para saludarla desde el portón y lanzarme alguno de sus discursos de odio que tan bien ha aprendido en la iglesia. Le echa la culpa a otras religiones, al SIDA, a los negros y al maldito de Hernán Cortés. Luego me recomienda ir con un excelente doctor que me dará unos chochos y listo. Como nuevo, dice mi madre.

Las tardes de un muerto viviente tienen su lado de nostalgia. De vez en cuando, un ave cruza el cielo y todos nos detenemos para mirarla. Desde mi oficina, todos esos malditos zombis asemejan un gran plantío de verdolagas echadas a perder. Puedo ver el lento ir y venir de los que fueron mis amigos, compañeros y una que otra amante que pasea despistada por las calles de la ciudad. Pienso en la inevitable ventaja de no morir y pasar el resto de mis días atrapado bajo una pestilente masa que cada día se descompone más. Algunos trucos de belleza ya no funcionan a ciertas edades.

El taxista me pregunta a dónde quiero que me lleve.

La verdad es que el pobre se ha quedado sin brazos y su taxi lleva años que no funciona. Aquí suelo almorzar mis verduras. Me gusta saber que hay cosas que nunca cambiarán y uno las podrá seguir disfrutando. Quizá por otros cien años. Hasta que los vivos regresen o los muertos nos hartemos de esta vida y lentamente nos unamos al club de los muertos suicidas. Ser un muerto viviente tiene sus ventajas, y conforme han pasado los días han dejado de preocuparme algunos esquemas de la sociedad.

Por eso aflojo un poco la corbata.

Me quito el saco y veo al tonto de mi jefe, que de vez en cuando sale de su oficina y pide el mismo reporte de ventas. Me gusta pensar que nadie le hará caso. Que nadie más atenderá a protocolo alguno en esta oficina. Que tendremos buena vista, buena comida y buen sueldo de aquí a la eternidad.

PEQUEÑOS ACTOS DE MAGIA

*The cat's in the well, leaves are starting to fall.
Goodnight, my love, may the Lord have mercy on us all.*
Bob Dylan

Para el truco de los gatos, Mariana pedía al público que guardara silencio.

A continuación una luz blanca llenaba el escenario y todas las luces secundarias se apagaban. En el sonido local se escuchaba una canción de Bob Dylan, en la que una guitarra sonaba un poco desafinada y la voz del rockero se escuchaba particularmente temblorosa.

El truco era un tanto complicado:

Mariana sostenía a dos gatos en una mano mientras al tercero lo arrojaba hacia arriba. En una maniobra ensayada, la chica lanzaba a los otros dos gatos, que hacían un par de piruetas antes de aterrizar sobre el escenario en dos patas, entrelazar las restantes y cachar al gato que caía sobre ellos. El gato que caía llevaba un sombrero y un traje que no tenía puestos al principio. ¡Alakazam! Los otros dos felinos, además, hacían la pose teatral de las asistentes de mago, señalando hacia el elegante minino que descansaba entre ellos. El público estallaba, eufórico. Mariana levantaba a los gatos y el telón descendía dando fin a la función.

El asunto era espectacular. Sobre todo tratándose de una pequeña carpa que hacía sus funciones de pueblo en pueblo o de ciudad en ciudad, sin el apoyo de las grandes empresas

circenses o conglomerados comerciales. Los cuatro viajaban tras el convoy de los demás artistas, en una combi del sesenta y ocho que aún lucía algunas flores pintadas a mano en el exterior, herencia de su paso por los setenta. Sus pocas pertenencias estaban guardadas en un baúl café, con unas letras doradas que decían: Mariana y sus gatos mágicos.

–Nunca me ha gustado el asunto de que piensen que somos mágicos –decía Otto, el gato persa que era lanzado por los aires en el truco–. La verdad es que no hacemos magia y es triste que después de tantos años nadie nos lo reconozca.

Los otros, incluida Mariana, lo miraban con cara de hastío. No había noche en que Otto no se quejara de las malas condiciones del lugar, del poco reconocimiento, de los lugares pulgosos donde se presentaban, de lo cansado que era el transporte y de la mala calidad de las carreteras del país. Snow y Christmas, los dos gatos blancos que completaban el truco, solían hablar poco y se la pasaban jugando cartas entre ellos durante los largos viajes. Para complacerlos y aligerar los tiempos muertos, Mariana ponía una y otra vez los discos de Bob Dylan que había conseguido en el tianguis del Chopo, una tarde que dieron una función antes de una tocada de bandas de rock en la que tuvieron bastante éxito.

–Bob Dylan nació en Duluth, Minnessota, igual que nosotros –decía Snow–. Creo que si diéramos una función por allá nos iría de lo mejor.

–No lo sé, hermano –refunfuñaba Christmas–. Creo que hemos perdido la resistencia al frío. Sobre todo después de aquella temporada en Acapulco.

La gira por el estado de Guerrero se vio interrumpida por protestas de grupos por la protección animal, que pedían la prohibición del uso de animales en circos. La última tarde la función se vio interrumpida por unos chicos que quisieron robarse a los gatos de Mariana, a una cebra que bailaba tap y al elefante cuyo único truco era quedarse dormido mientras dos payasos enanos hacían una rutina sobre su espalda.

Al final del día, la combi circulaba por la carretera libre hacia la ciudad de México, y los gatos escuchaban Blowin' in the wind mientras se daban un baño de lenguas rasposas. Otto se quejaba del clima. Mariana iba, como siempre, en silencio. Miraba de vez en cuando por el espejo retrovisor y se aseguraba de que sus mininos estuvieran bien. Le preocupaba la constante presión de grupos que pensaban que sus felinos eran maltratados. No hallaba el modo de decirles que se trataba de una relación profesional, y soñaba con el modo de que el mundo escuchara de voz de los propios gatos que tan sólo querían que los dejaran trabajar en paz.

Los había encontrado en un callejón, cerca de la frontera con Estados Unidos, donde platicaron de las cosas que les gustaba hacer, de la mala suerte de Mariana en su incursión en la magia, del mal humor de Otto y de lo que el futuro podría traer para un grupo de cuatro perfectos inadaptados amantes del rock and roll. Así empezaron a viajar juntos. Canciones. Risas. Trucos fallidos. Grandes aplausos cuando el gato persa dejó de quejarse y aceptó ser lanzado por los aires. Éxito.

El micifuz llamado Otto era el más viejo de los tres. A menudo alegaba de cualquier cosa, hacía gestos y se acurrucaba

al fondo de la combi, desde donde veía la carretera perderse en el horizonte. No era fanático de Bob Dylan. Decía que en todas sus vidas nunca había escuchado a un cantante tan malo y prefería dormir a escuchar sus grandes éxitos una vez más. Aunque también aseguraba ser feliz y haber encontrado, por fin, una familia.

Pero su mundo de magia no fue color de rosa.

Una noche, después de una función en la ciudad de México, cien personas rodeaban la combi. No había flores coloridas en el horizonte. La escena parecía sacada de una vieja película del oeste, donde los villanos eran una chica y sus tres mininos, y los linchadores eran chicos y chicas con iPads que habían convocado al rescate de unos felinos desde el anonimato de las redes sociales. Mariana y sus gatos se refugiaron en la azotea de un edificio de oficinas, a donde siguieron al payaso que hacía el truco de desaparecer a la esposa, y que era perseguido por el marido que se mezclaba entre la turba que quería rescatar a los animales. Allí, rodeados, ninguna explicación fue suficiente para los que sujetaban a la muchacha mientras ponían en jaulas a Snow y Christmas, agotados de escaparse entre manos sudorosas con antorchas en las pantallas de teléfonos de última generación.

–¡Somos los gatos mágicos de Mariana! –gritaban los blancos mininos, pero nadie les hacía caso.

Entonces Otto decidió lanzarse al vacío.

Estaba cansado. Ante la mirada de los allí presentes, el viejo gato persa no dudó y decidió terminar así con todos los problemas. Pudo ver a Mariana, que lo veía caer y, en medio del

caos, le sonreía. En pleno descenso, Otto llevaba ya puesto un diminuto sombrero de copa y un elegante traje hecho a la medida. Pensaba que ese momento del truco en el que aquella chica de ojos cafés lo lanzaba al aire era lo mejor que le había pasado en todas sus vidas anteriores. Era feliz de tener una familia. A la larga, estaba seguro de que eran esos pequeños actos de magia los que la gente realmente no lograría entender nunca. Le guiñó un ojo a Mariana. Pensó en Snow y Christmas. Le vino a la mente una canción desafinada de Bob Dylan, y simplemente se dejó llevar.

¡Alakazam!

UN AGUJERO DIMINUTO EN LA PARED

Creo en la existencia de los duendes, pero procuro no hablar mucho de eso. Prefiero evitar el tema porque siempre me hace quedar mal. Apenas le cuento a alguien de la existencia de alguno de ellos y no vuelven a visitarme en meses. Los pequeños bastardos. Les tengo un cariño especial, excepto cuando es la época del mes en que necesitan abastecer su alacena y empiezan a robarme cosas. El mes pasado les dio por secuestrar al gato. El felino se llamaba Señor Kawamura. Un digno apellido oriental.

El lindo Kawamura era serio y valiente como todo un guerrero samurái. Cuando los duendes se lo llevaron ni siquiera maulló para pedir ayuda. Vinieron cinco de esos pequeños hombrecitos y lo cargaron con una facilidad pasmosa. Yo leía un libro de cuentos y apenas puse atención al rapto. Lo confieso. Los miré alejarse por un rincón del cuarto hasta encontrar un agujero diminuto en la pared. Por allí pasaron de uno en uno. Luego, con una cuerda, jalaron a la mascota hasta cruzar por la grieta. El minino me miró con aires de resignación hasta perderse de vista.

Días después regresaron los duendecillos. A veces, aún dormido, escucho sus pequeños pies trastabillar entre los libros. Se insultan en voz baja cuando algo sale mal, pero son generalmente muy organizados. No dejan huella de nada. Al parecer esta temporada debían almacenar más comida que la

de costumbre. Sospecho que en las épocas de vientos fuertes necesitan más alimento. Lo digo porque esa vez se llevaron a mi mujer. Ella tampoco opuso gran resistencia. De alguna manera sabía que la cosa tenía que ser así y se dejó llevar. Esa ocasión fueron diez los pillos. Semidormido, me di cuenta de todo pero apreté los ojos para no hacer ruido. Mi señora, tan cansada la pobre, ni siquiera se daba cuenta de lo que ocurría hasta que la pasaron por el agujero.

De unos meses para acá el departamento ha estado de lo más tranquilo. Aunque los domingos en la tarde me da por extrañar a mi gente. A veces transmiten cosas en la tele que quisiera comentar con alguien y ella ya no está. Tampoco Kawamura. Los duendes sí. Se sientan en el sillón y se adueñan del control remoto para buscar sus programas preferidos. Les gusta ver canales de noticias desastrosas y se desternillan de risa. Preparan palomitas de maíz en el horno de microondas. Cuando se aburren simplemente desaparecen por el resquicio de la pared.

Si me asomo al agujero por donde se escabullen oigo el bullicio de su pequeña ciudad. En ocasiones paso noches enteras escuchando su fiesta y muero de risa con los chistes que se cuentan por las callecitas de Ciudad Duende. Son unos malditos comediantes. He pensado que las cosas no pueden seguir siempre así. En una pequeña bodega guardo una gruesa manguera. Sería cuestión de abrirla a máxima presión y dejarlos ahogarse lentamente. Mueran pequeños bastardos. Sin embargo cuando estoy a punto de hacerlo pienso en mi amor y en el pobre de Kawamura que no sabe nadar. Tengo

la esperanza de que sigan vivos y los enanos los necesiten para ayudarlos a cargar cosas, o quizá divertirse con ellos sin hacerles ninguna maldad. Eso es lo que pienso. O eso es lo que deseo.

Los meses han pasado y he olvidado ir al trabajo. El teléfono lleva días desconectado y la chapa de la puerta ya no funciona. Estoy encerrado. Hay más duendes de lo normal. Ya no uso el control de la tele. Ahora me gustan un tanto más los programas de noticias y mi labor del día consiste en preparar la comida para mis huéspedes. Estoy siempre al servicio de ellos. A veces vienen cuando estoy dormido y pienso que van a llevarme. Pero no lo hacen. Así que espero. Me gustaría volver a ver a mi mujer. También al bueno de Kawamura. Quizá un día me roben los duendes. No diré que no me asusta. Pero les tengo un cariño especial.

P.D. Lista encontrada en el agujero diminuto de la pared:

- 1.- Amor, estamos bien.
- 2.- Kawamura ha aprendido a nadar.
- 3.- Los martes comemos sopa.
- 4.- Te extraño.
- 5.- Son demasiados.
- 6.- No creo volver.
- 7.- Kawamura te extraña.
- 8.- Me gusta aquí.
- 9.- Debemos estar juntos.
- 10.- Esta noche irán por ti.

EL PAYASO DEBE MORIR

El plan era llegar hasta la puerta del departamento y meterle el susto de su vida. Pinche payaso. En cuanto salga Omar le daría con el bate en la cabeza y yo lo picaría con el tenedor enorme que sirve para sacar la carne asada del asador. Estas cosas bien planeadas siempre salen bien, pensé. La verdad es que los policías mexicanos no dan una y no tienen equipos como los del ci-es-ai para dar con los pillos. El problema de vivir en edificios como estos es que nunca falta una vieja chismosa. Pero el payaso vive en el último piso y enfrente nomás está el doctor, que nunca está por aquí, y además tenía la luz apagada y la fiesta de las viejas locas del tres desviaban toda la atención. Pero el plan era hacerlo allí mero, afuera de su casa, con los sombreros y las medias en la cabeza para que no nos reconociera y se espantara todavía más.

Desgraciado payaso. Si de verdad andaba con mi mujer lo iba a pagar caro. Es el colmo que te engañen y que además sea con un payaso que se llama **Winki**. El hijo de perra payaso Winki. Con su vocho del ochenta pintado de amarillo y azul. El *winkimóvil*. Rines cromados, llantas anchas, estéreo con reproductor de diez cedés e interiores de cuero. ¿Se andará fajando a muchachas allá adentro? Desgraciado. No lo dudo. Y desde que lo he visto rondar por mi edificio pensé que algo no estaba bien.

El payaso debe morir, dice Omar. Y estoy de acuerdo. Por eso el plan era meterle el susto de su vida y ante la sorpresa

romperle la madre a golpes. En el suelo de su sala. Que lo encuentren allí tirado, lleno de sangre, con esa estúpida sonrisa en la cara y una botella de cerveza en una mano. “Payaso asesinado en su propia casa: la última risa”, pregonará el diario.

Y mientras el payaso agonice yo entraré sigiloso a su departamento y me robaré todos los focos.

Esa será mi venganza.

Por que claro, no hay nada peor a que te abandonen por un payaso alcohólico, sin chiste, y quedarte solo en un departamento sin luz.

MUNDOS QUE SE TERMINAN

Regla #32: Disfruta de las pequeñas cosas.

Tallahassee

A veces, de verdad, el mundo se termina.

En las salas de urgencias de los hospitales nunca, nadie, lo sospecha así. Pero así pasa. Nadie lo intuye, hasta que el primer infectado cae hecho un guiñapo a los pies de todos los ahí presentes.

En este país, hay que levantarse temprano para ser atendido por un médico. De hecho, hay que levantarse temprano para casi todo: ir al banco, ir a la escuela, pagar los impuestos, ir de compras, brincar por la ventana del amante, tirar la basura, comprar el gas y encontrarse un buen lugar de estacionamiento en el trabajo.

El servicio gratuito de salud al que tienen derecho los trabajadores tiene sus ventajas, pero son más los claroscuros en los que el arraigado sistema suele arrastrar a sus derechohabientes. Llegar primero es tan sólo una de las consecuencias de verse atrapado en sus garras. Enfermo. Desvelado. Hambriento. Luego arrojas tu cartilla de salud en una cesta en la que será revisada por una secretaria que no comienza a trabajar hasta que se ha establecido por completo en su nido: uñas, peinado, vestido, aliento, comida, pluma Bic y siete mil papeles apilados junto a una máquina Smith-Corona a la que ya no le funciona la eñe. Si tienes suerte, tu turno es el número 3. Verás, siempre hay un par de viejecillos que se saben todos los

trucos del sistema. Llegan temprano. Piden permiso al guardia para entrar al baño. Sus fichas son siempre las primeras y escapan antes de las ocho con su cargamento de pastillas para la presión, píldoras para el mareo, pomadas para los dolores, jarabes para la tos y gotas de Diazepam para los nervios.

Las salas de espera de cada consultorio son el caldo elemental de las enfermedades. Allí, desafiando al sonido de ambiente, existe vida. Cada paciente tiene para sí una guarida de espacio personal que no debe ser quebrantada. Cada persona al lado es el enemigo. La secretaria que limpia sus lentes es el enemigo. El bebé recién nacido que pega un grito a pesar de estar pegado a la teta de su madre es el enemigo. Mientras todo ocurre, el doctor apenas estaciona el auto en el aparcamiento subterráneo del hospital. Llegará cuando él lo considere necesario y se someterá a su propio horario para comenzar a dar consultas. Mientras tanto, se es presa del ambiente nocivo en el que hordas de virus y bacterias rondan a través de un espacio infinito en el que ningún Sheriff les va a detener. A diferencia de otros pueblos, en este todos son libres de portar sus armas y ni Wyatt Earp o Doc Holiday les harán frente en el *O.K. Corral*.

Una vez en consulta, el médico en turno te hablará de lo mal que has tratado a tu cuerpo en la vida. Una enfermera revelará tu peso real en una báscula calibradora de mercado, tomará apuntes y te dará un vale para recoger las medicinas. Lo que el reptil de la bata blanca te ha recetado (todos sabemos que los doctores son seres de sangre fría) será una serie de jeroglíficos que sirven para alargar el tiempo que respires

bajo este Sol. La calle, que te espera abrasada por la luz, cegará tus ojos y entenderás que bien podrías ser un vampiro por la sensación intimidante que te da el día y la sensación de que tus ojos estallarán en cualquier minuto.

El mundo, mientras tanto, comienza su imparable final.

La ciencia lo explica así: la Tierra es una bola de nieve que se abre camino en el cosmos y acumula mierda en cada giro, hasta que eventualmente se vuelve una inmensa porquería celestial a la que su mismo creador ahoga, paraliza, explota o convierte en estatua de sal al diminuto sobreviviente que se atreva a mirar atrás. El mundo tal vez te caiga encima mientras esperas afuera en la calle.

De pie en la banqueta, piensas en el rumbo que tomará tu vida ahora que has sobrevivido al hospital. Quizá sea el momento de comenzar a vestir diferente. Dejarte el pelo largo. Cortártelo a lo mohicano. Raparte. Unirte a una secta que crea en la inevitable destrucción del planeta. Ser el primer infectado de una epidemia zombi y salir en televisión. Por qué no. Un muerto viviente de traje y corbata que pertenece a una secta que busca evitar el fin del mundo. Nada puede salir mal. Comer cerebros y robarle dinero a los ricos para dárselo a los pobres. Un Robin Hood al que se le pudre lentamente la carne. Tal vez el primero de una raza de sobrevivientes que tendrá la labor de repoblar el planeta. Pequeños zombis de diez años que vayan a la escuela dominical y devoren al sacerdote que se le ocurra ponerles una mano encima. Justicia poética y una nueva Biblia donde se explique el significado de las peores plagas en el universo, de los miedos más profundos y

el porqué de la obsesión de los dioses de los hombres en crear almas que no soportan la tortura eterna, corazones demasiado suaves para el *rock & roll*, repisas con libros que acumulan polvo, bufones en portadas de revistas y mundos que se terminan.

A veces, de verdad, el mundo se termina.

Nadie lo sospecha hasta que el primer infectado cae hecho un guiñapo a los pies de todos. Todos los enfermos pueden verlo a través de los ojos llenos de cataratas. La cortina de mentiras cae y los ahí presentes pueden ver la verdad. Si uno ha caído, los demás le seguirán como millones de piezas de dominó paradas una detrás de la otra. Nadie podrá detener la lluvia de estrellas que caerá sobre el planeta. Ningún héroe nacional o internacional. Descartemos a *Superman*. A Zapata. A Gandhi. A Martin Luther King y su sueño guajiro. Nadie vendrá en la ayuda del primero que caiga porque no hay nada más que hacer. Los zombis, de verdad, se quedarán pasmados con la noticia y no sabrán qué hacer al respecto. Sus jefes anunciarán en televisión que la epidemia ha alcanzado grados indetenibles. Que nadie se salude de beso. Que no salgas de noche. Que te quedes en tu casa a la espera de las próximas noticias en el noticiero oficial. Levántate temprano para la transmisión en vivo de la destrucción de la humanidad. Si eres de los primeros infectados, verás a un hombre de traje y corbata anunciar el inminente abandono del planeta. Te venderá boletos a meses sin intereses. Te venderá la promesa de una nueva Tierra. Te dirá, con su lengua bífida y sus cuernos de azúcar, que en el nuevo orbe habrá mejores servicios de

salud. Medicinas para todos. Doctores con cara de humanos que te curarán cualquier enfermedad.

Te dirá que el mundo no se termina.

Te dirá que los verdaderos zombis sólo existen en los cuentos de hadas. Brillantes hadas convertidas en putrefactos seres que lo único que quieren es comerte el cerebro.

Braaaaaains!

Nada de qué preocuparse. Levántate temprano. Ve a la sala de urgencias. Tómate las pastillas. Enciende la televisión: es hora de tu telenovela favorita de zombis.

EL SEÑOR ROMERO

I'm like my zombies. I won't stay dead!

George A. Romero

El señor Romero sale de su departamento en la avenida Madison.

Se ha puesto el mejor de sus trajes y está dispuesto a tomar el mejor de los desayunos. Busca algún lugar abierto pero no encuentra ninguno. Se detiene en una esquina donde un grupo de hombres se ha reunido para contemplar el movimiento de las aves en el parque. Le gusta la escena. La imagina para una de sus películas y hace un ademán con ambas manos, entre las que encuadra una imagen que le parece perfecta. Pien­sa que podría pedirle a su asistente algo para almorzar y dejar de perder el tiempo buscando lugares; su labor en el mundo es más importante que llenar el estómago.

Se debe a sus fans.

Cruza el parque para tratar de buscar la mejor luz que le sea posible y llamar de inmediato a su equipo de filmación. El teléfono le responde con un pitido intermitente. No hay nadie del otro lado. No hay operadora. Ninguna voz que le indique qué demonios ha pasado con la cortesía del mundo, que parece brillar por su ausencia. Una mujer con una carriola vacía cruza frente a él. No hay, en el diminuto carro con velo azul, ningún infante al que la fémina pudiera haber sacado a pasear por el parque en esa bella mañana.

La mirada del señor Romero se fija en el horizonte.

Son demasiados los que caminan de un lado a otro sin ningún propósito en particular. Busca la hora. Sobre su muñeca amoratada descansa un reloj que le costó 30,000 dólares. Sin embargo las manecillas no se mueven. Están detenidas bajo la mirada triste de George Andrew. En su brazo, la mordida que le diera su asistente no ha curado del todo. Huele mal. Pero es lo de menos.

El mundo es una pestilencia total en los hombros de Atlas.

Le parece triste, sin embargo, que nadie lo reconozca después de tanto trabajo en cine a través de los años. Está sentado en una banca de Central Park. Algunos corredores pasan de largo. Quisiera tener sus energías y buscar un lugar para tener el mejor de los desayunos.

Está harto de la carne cruda y los cerebros cálidos.

Sueña con una lente que le permita filmar la belleza que tanto anhela en este mundo. Piensa que esos malditos zombis le han arruinado su carrera. Seres pudriéndose a la mitad del parque en un caluroso día de verano; repugnantes, vacíos, en una constante repetición del último día que estuvieron vivos. Como él.

El señor Romero se levanta y decide regresar a casa. El encargado del puesto de periódicos gime y le arroja un puñado de hojas. El amasijo es una colección de los últimos titulares que se publicaron en la ciudad. “¡Zombis!”, “¡Muertos vivientes!”, “¡Marilyn y JFK han vuelto!”, cosas por el estilo. De pronto, del otro lado de la calle, una escena que le resulta familiar. Un humano, sobreviviente del caos, corre a través de los autos detenidos por la Quinta Avenida. Detrás de él, un

grupo de buenos ciudadanos lo persigue e intenta acorralarlo. De un derruido Starbucks surge otro grupo. Ahora amenazan al asustado neoyorquino, que corre de un lado a otro a sabiendas de que no tiene escapatoria. Es el fin.

En la acera de enfrente, el señor Romero ha reunido a una decena de zombis, desaliñados y débiles, que toman su lugar frente a una improvisada (e imaginada) locación de cine, en la que algunos simulan sostener una cámara y micrófonos; George A. Romero sostiene a uno de los muertos vivientes, formando con sus dos manos podridas y a punto de desprenderse, la figura de la tabla negra con rayas blancas que marca el inicio de una secuencia de filmación.

El director pide silencio en el set.

La claqueta suena en su cabeza con su ruido característico. Por un instante todos se detienen (incluida la víctima). Y al grito de “¡Acción!” continúa el ataque y comienza la carnicería. Bajo la mirada del señor Romero, los muertos se alimentan del último humano en la ciudad.

Una mueca se forma en el rostro podrido del cineasta.

Piensa que, quizás, alguien de la Academia tomará por fin en serio a sus queridos zombis.

Piensa que ahora lo único que le hace falta es algo para llenar el estómago. Carne cruda y un poco de cerebro cálido. Está harto. Pero por ahora suena bien. Allá va el señor Romero. Se ha puesto el mejor de sus trajes y está dispuesto a tomar el mejor de los desayunos.

EL SEGUNDO ATAQUE

Be afraid, be very afraid.
Dr. Seth Brundle (The Fly)

Poco después de la medianoche alguien propuso que buscáramos algo con qué defendernos. El primer ataque fue devastador y ya sólo éramos siete. Ahora estábamos en el piso de arriba, casi en total oscuridad, y las velas aromáticas eran la única luz, una luz que olía a frutas frescas pero que no representaba confort alguno. Frente a mí estaba Laura. Lloraba. Yacía en posición fetal. Se escuchaban sus gemidos. Repetía un Ave María entre breves sollozos en los que pronunciaba la palabra “mamá”. Laura había sido tomada por ellos a pesar del esfuerzo de tres de nosotros. Durante esa breve lucha en las escaleras, la arrastraron hacia el fondo del salón y nadie se atrevió a ir por ella. La escuchamos gritar por largos minutos. La imaginé allí, indefensa, con ellos encima y el mundo girando en cámara lenta para el resto de nosotros. Me cubrí los oídos y traté de recordar alguna canción que me hiciera volar lejos de todo este horror.

I see trees of green, red roses too. I see 'em bloom, for me and you. And I think to myself, what a wonderful world.

Un nuevo grito me trajo de vuelta a la realidad y pude ver una figura sanguinolenta que se arrastraba por las escaleras. Traté de alejarme y estar cerca de los demás cuando escuché la voz de Laura; se había escapado pero aún la sujetaban de los pies y pedía auxilio. A veces, en las películas de terror, el

director decide mostrar una escena incompleta de la acción, y vemos a los personajes a media pantalla, mientras las luces parpadean para dar la sensación de pánico, inseguridad, temor. Pensé en las clases de cine contemporáneo en que miré con descaro las piernas, los muslos, las rodillas, los tobillos, los pies de Laura, y en la mirada cómplice y coqueta con que me sorprendía en mis actos voyeristas. Pensé en lo que sería no estirar la mano y nunca volver a ver ese rostro en mi vida. Dejarla a merced de ellos y que con ese acto de sacrificio nos dejaran al fin en paz. Pero un reflejo me hizo alargar los brazos y sujetarla con todas mis fuerzas. La sentí abrazarse a mí como el día en que tuvimos sexo en aquel callejón. Con un gran esfuerzo la sostuve y ellos la soltaron. La dejaron ir. Ahora formábamos un círculo de siete sobrevivientes y yo no tenía ni una maldita idea de cómo consolar a Laura.

Nadie más sabía.

Ahora buscábamos algo con qué defendernos y las únicas opciones en aquella vieja casona eran pedazos de madera, un candelabro, floreros, cortinas. ¿Por qué los héroes nunca se atrincheran en un arsenal? Nuestras miradas se cruzaban nerviosas y volvían siempre a vigilar las escaleras. Al fondo oscuro. A los recuerdos de los maestros de guión pidiéndonos que evitemos el lugar común. “No digan que está oscuro como boca de lobo”. Pensé en el culo de una serpiente. En los sueños de un político. En nuestro futuro inmediato. En Dios haciendo un hoyo con su orina en la arena del mar.

Wondering which of the buggers to blame. And watching for pigs on the wing.

De niño vi una película donde el mundo se terminaba a causa de una guerra nuclear. El protagonista atravesaba la ciudad para salvar a su amor y al final no servía de nada. La gran urbe se oscurecía por las bombas y nadie sobrevivía. Éste no era el fin del mundo, pero podría serlo para nosotros. Algunos esperábamos en cuclillas. Otros lloraban. Los demás balbuceaban, maldecían o rezaban cosas que no llegaba a discernir. Ellos nos miraban desde el piso de abajo, al borde de las escaleras. Lo sabía porque podía escuchar sus risas. Podía ver pares de ojillos que brillaban de pronto y desaparecían en rápidos parpadeos.

Los escuchaba respirar agitados.

Hambrientos. Habían probado ya la sangre de algunos humanos y querían más. Podía sentirlo. Agitaban sus diminutas lanzas en la oscuridad y el zumbido que hacían llegaba a mis oídos para provocar terror. Los miré a través de sus pequeñas sombras que se escurrían por la escalera. Venían hacia nosotros y di el grito de aviso a los compañeros. Laura gritó y se cubrió la cabeza. Los otros trataron de ir hacia atrás en el pasillo, para no ser los primeros en recibir el ataque. Francisco y yo quedamos juntos, al frente. Codo a codo sosteníamos rudimentarias armas para defendernos. Por mi cabeza cruzó la imagen de una mañana de lunes. Sentí la frescura de mi uniforme de primaria, impecable. Paquito sostenía una vara de metal y en el borde ondeaba un maltratado trapo tricolor. La escolta avanzaba en formación perfecta a través de un patio repleto de chiquillos y maestros vigilantes. Padres de familia más allá, en la reja, con sus caras a través de los barrotes como

presos en un mundo de adultos, mirando a sus hijos cargar la bandera o escoltarla con el orgullo de ser los más aplicados de la clase. Peinado perfecto con gel. Ahora sostengo un palo vacío y veo venir hacia mí a una horda que anticipa su segundo ataque con un espantoso grito de guerra. Suben y brincan por las escaleras desafiando la gravedad con ágiles movimientos.

Nos han rodeado sin darnos cuenta.

Algunos salen de entre la duela que cubre el pasillo y escuchan los gritos de mis compañeros ante la sorpresa. En el frenesí, alcanzo a ver a Laura tirada sobre su costado. Me mira fijamente. La recuerdo acostada sobre la colchoneta donde hicimos el amor por última vez. Su pelo largo y negro jugando divertido entre mis dedos. Le decía que esos chinos me recordaban a Medusa. “Si me sigues viendo así me convierto en piedra. Mira, ya me he puesto duro allá abajo”.

Sonrío entre la sangre que salpica mi rostro. Laura parece ver a través de mí. No mira a nadie.

Está muerta.

Tres de ellos escalan la fineza de su cadera y recorren el cadáver con aires de triunfo. Dejan sus pequeñas y majaderas huellas a través de la blusa blanca de Laura. Clavan sus lanzas a la altura del corazón del amor de mi vida. El dolor de un tajo en el tendón de Aquiles me hace caer de rodillas y los veo abalanzarse sobre mí. Soy el único que sigue peleando.

Nadie sobrevive.

Son demasiados. Pienso en lo estúpidas que son las viejas leyendas de pueblo. Pienso que la próxima vez iremos a la playa y todo estará mejor. Me abandono al sueño. Miro por

última vez al líder del clan. Sonríe parado frente a mí. Hace un gesto y da la orden a cuatro más que sostienen un gran cuchillo de cocina. Ya no siento miedo. Mi cabeza rueda por las escaleras y pienso en un blues. Pienso en cómo resistiremos un tercer ataque. Pienso en el momento de las películas en que el héroe parece derrotado pero saca fuerzas de alguna parte para vencer al mal.

Para siempre vencer al mal...

Just remember me, Darling, when I'm in six feet of cold cold ground.

EL ESLABÓN DÉBIL

La arena estaba de bote en bote, la gente loca de la emoción.

La Sonora Santanera

Debo parecer normal. Hago lo posible mientras sostengo una bolsa con artículos de primera necesidad. Los otros no tienen por qué saberlo. Soy el único que mira constantemente al reloj. Intento controlarme. Ser normal significa no colarse en la fila de las tortillas, del supermercado, del pago de los impuestos. Me rasco la espalda con todo el cuidado del mundo. No debo despertar sospechas. Dicen que el contagio comienza así, con una pequeña comezón en distintas partes del cuerpo. Antes de la pandemia cualquiera pensaba que se trataba de otra cosa. Pulgas. Piojos. La mítica alergia al polvo. Enfermedades de nuestro siglo. Perder la habilidad para tomar posesión del control remoto o dejar de leer noticias morbosas en el periódico del día a día. La sangre que se sale del papel es la sangre de Cristo. De Mahoma. De Buda. Del que sea tu dios predilecto. De Satanás. Del vendedor de biblias. De los testigos de la venida del Señor. Los padres de familia que se despiertan temprano los domingos para ver la televisión en paz. No hay paz. Los niños dominan el sillón y son testigos de la aniquilación de la especie humana transmitida en alta definición a través de su sistema de cable.

Debo actuar como una persona normal.

Casi estoy seguro de que he olvidado quitar la etiqueta a la camisa nueva. Es una camisa regular, de tamaño mediano, con la figura de un sujeto jugando polo. Tal vez juega a matar

lagartos en un pantano mientras cabalga a un travesti con una filia erótica a los caballos. Tal vez sea un jinete del Apocalipsis. Uno de ellos. El que espera detrás de la cortina número tres en el concurso al final del programa matutino. ¿Qué ganará nuestro invitado? Quizás el goce de presenciar el fin del planeta desde la comodidad de una nube. Mi cabeza sigue girando. Duele. La medicina no hace efecto. Es probable que empiece a perder el control y me vuelva uno de ellos. Hay al menos un par que me han mirado por mi extraña forma de moverme. Sigo moviendo los brazos como si fuera el representante nacional en la maratón olímpica. Soy el esclavo que corre desde Veracruz para llevarle pescado fresco a la clase alta en Teotihuacán. El camino es arduo. Voy descalzo. Los pies arden mientras la carretera se vuelve oscura. Los autos que pasan me iluminan y hacen sonar su claxon. ¿Son vacas? ¿Cerdos? Todos lo somos. Estoy en una fila eterna que no avanza y los otros empiezan a sospechar. Divago para disimular la comezón. Quiero salir corriendo y gritarles que he descubierto su maldita receta secreta. Que la salsa que usan no es biodegradable y que sus malditos fertilizantes terminarán por echar a perder al planeta entero.

Soy una mazorca de maíz.

Soy trigo. Soy un frijol cuyo destino es ir a parar a la boca de un dios con forma de elefante. Lo he visto en un libro. Me lo han dicho al oído. Lo he soñado. La fila avanza. Alguien pregunta por mí. Le digo que estoy listo. Por supuesto miento. Debo fingir. Anuncian mi nombre en el sonido ambiental. La gradería estalla. Soy el enmascarado de plata. Soy el Santo.

Estoy en el equipo de los técnicos. Brinco las cuerdas y estoy listo para las dos o tres caídas sin límite de tiempo. Un demonio azul me enfrenta. Debo vencerlo. Estoy seguro de que podré vencerlo. Tomé las pastillas a tiempo y luego salí de casa. El vaso de agua estaba medio vacío. O medio lleno. No importa. Había una diminuta tormenta en él. Luego detuve el primer autobús y tomé un asiento que decía “Reservado”. En la fila, el compañero de atrás me pide que me mueva. Puede hablar. Es un zombi que puede hablar. La corbata que le ata el cuello mortecino se ha aflojado y puedo verle el alma. Flota allí, a través del esófago y se le asoma por los ojos. Se le escurre por los oídos. No se queja. Es un eslabón fuerte. Perfecto. Que ayuda a la maquinaria siga girando mientras los demás hacemos un esfuerzo por no caer.

Yo soy el eslabón débil.

Estoy seguro de que no he hecho nada para que me descubran. Pero los veo venir. Caminan lentos hacia mí. Inspeccionan a todos en la fila y hacen preguntas de las que no sé las respuestas. Alguien debe salvarme. Mi mente no podrá. Mi cuerpo se quebrará y se quedará quieto cuando apliquen la corriente eléctrica. No es así como mataban a las reses en tiempos pasados. Los grupos ambientalistas han logrado cosas buenas para ellas. Ahora charlan en grupos de tres y nos miran tragarnos uno a otros desde la comodidad de un pastizal en Buenos Aires. Aquí arriba del continente las cosas están mal. Ahora nos eligen y no todo tiene que ver con la lotería. Cuando mi número resultó ganador pensé, con toda honestidad, que ojalá el imbécil que comprara mi carne lograra atra-

gantarse con el primer bocado. Luego alguien filtró el virus y poco a poco hemos sufrido los estragos. Se murieron los políticos y los deportistas de alto rendimiento; se murieron los sacerdotes católicos y las monjas que en verdad eran vírgenes (menos del diez por ciento); y nos quedamos, como si eso hubiera sorprendido a alguien, sin los traficantes de azúcar y los que anunciaban con voces incoherentes las llegadas de vuelos internacionales en el aeropuerto.

Yo sólo quiero ser una persona normal.

Por eso no lloro cuando veo mi nombre anunciado como el siguiente en turno en la pantalla digital. Me conducen por una escalinata en la que, al final, espera un sacerdote. Alguien afila un cuchillo de obsidiana. Abajo el pueblo pide más sangre. Hay que calmar la ira del Sol. Hay que pedir por una buena cosecha. Hay que rogar que mi sangre no se haya contaminado con nada. Hay que pensar en cualquier cosa menos en el dolor de ser atado a la piedra ceremonial y sentir el pecho abierto de un tajo. Mi mente vuela. No hay contagio ni cura. Ahora lo entiendo. Un engaño me ha traído hasta aquí. Alguien ha tatuado la frase “Pare de sufrir” en mi pecho. La verdad que sí sufro. Me arde. Les rezo a los nuevos dioses y sueño con una casa acojinada. Pienso en el pasado. Un gancho al hígado me ha dejado inconsciente. Pienso en ser normal. En quitar la mirada de mi corazón, que todavía late en la mano de un estúpido pintado de rojo, mientras mi cuerpo rueda escaleras abajo y el dios de la televisión se eleva por encima de los gritos de la audiencia. Espero que alguien se atragante con mi carne.

¿SUEÑAN LOS ZOMBIS CON OVEJAS ELÉCTRICAS?

Grandes campos de color verde.

Desiertos.

Ciudades vacías donde lluevan cerebros desde el cielo.

Almacenes con grandes puertas protegidas por cadenas endebles, detrás de las cuales se esconda una multitud de personas que gritan aterrorizadas. El bueno del zombi se une a sus amigos. Allá va, justo en medio de una horda de muertos vivientes que lo único que quieren es comer. Miran al cielo y recuerdan frases de viejas películas de terror, de ciencia ficción o de fantasía. Sonríen (o lo intentan tras una mueca desgarrada) mientras comprenden a los pobres villanos, perseguidos, siempre en la búsqueda de la redención.

Ahora, todos juntos, empujan.

Las barricadas ceden. El sueño latente, animal, primigenio, puede cumplirse. Estiran los brazos y se encuentran con los androides que han sido dispuestos para engañarlos. Robots infernales disfrazados de humanos para atraer a la presa. Desde lo alto, miras telescópicas apuntan a las cabezas indefensas de los inocentes zombis.

Uno de ellos mira hacia arriba.

No hay nada. Sueños. Ilusiones. Nada. Una luz roja lo cubre todo. Un disparo.

Siente su cuerpo inerte sobre el suelo lleno de aceite y muere. Huele la podredumbre. Nadie más de su grupo queda en

pie y el enemigo ha vencido una vez más. Ya no hay escapatoria. Ahora comprende que su personaje es el villano. Que el que ha sufrido un mal funcionamiento es él. Nada que no pudiera arreglarse. Por desgracia, su vida no es una película. Pero igual sonrío. Siente una bota militar que aplasta su cabeza. Se estremece por la sensación de cosquilleo en otras partes del cuerpo. Tal vez el mal se ha ido. Alguien lo rocía con gasolina y le prende fuego. Puede sentir el dolor. Quiere gritar y decirles que paren. Pero el cuerpo no le responde.

Ahora sonrío.

Piensa en su película favorita mientras las llamas consumen su cuerpo. Mira a sus asesinos y se apiada de ellos. Lloro un poco, pero nadie lo nota, mientras escucha algunos gritos eufóricos de los humanos que creen que ha llegado el ansiado final de la guerra. Cierra los ojos y piensa en grandes campos de color verde, en desiertos, en ciudades vacías donde lluevan cerebros desde el cielo y en almacenes con grandes puertas protegidas por cadenas endebladas. *Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia.*

EL AMOR DE LA MUJER LAGARTO

*...salir sin rostro a la mera hora del almuerzo
y que me vean así tan lagarto como ellos
tan secos, tan deshechos como estamos.*

Beatriz Marcela Stellino

Supé que la mujer lagarto vendría a la ciudad.

Lo leí en uno de esos volantes mal diseñados que las ferias ambulantes suelen dispersar por las calles. Sostuve el papel en mis manos y leí fecha y hora. Mis ojos azorados miraron a aquella mujer mitad lagarto que, sonriente, me regresaba la mirada. Supé que debía conocerla y saber más de ella. Quién era. Qué hacía en sus tiempos libres. Si en verdad la alimentaban sólo con bolitas de carne y si su condición se debía a que de niña desobedeció a sus padres.

Tantas dudas.

Cómo dejar de contar los segundos a la espera del día. Cómo no caminar de calle en calle soñando con un mundo invadido por mujeres lagarto. Ahí, en cualquier lugar, podría aterrizar la nave que la trajera a ella y a otras a la conquista de los humanos.

Las puertas se abrirían y veríamos la luz.

Una rampa llena de luces haría ruidos extraños antes de que por ella salieran las mujeres lagarto de Venus, todas vestidas en entallados vestidos color plata, con una diadema en la frente y una larga capa volando al viento por sus espaldas.

Todas serían como mi mujer lagarto: fuertes, inteligentes, presurosas a la conquista. Lanzarían rayos láser de sus pistolas

del futuro que congelarían a los indefensos hombres. Nos llevarían a su planeta y ¡ay!, no sé qué harían con nosotros.

Vuelvo a la Tierra.

Sorteo las banquetas, las alcantarillas, pienso en las primeras palabras que intercambiaré con la musa lagarto, en las aventuras que tendremos juntos cuando logre sacarla de ese espantoso lugar donde la exhiben. Soy Teseo. Pelearé hasta la muerte con los seres que esconden a mi bello minotauro en el laberinto. En la prisión de los ciegos, de los locos, de los malditos cirqueros de barrio. Le daré la mano y la sacaré de allí. Un hilo brillante nos llevará a la salida y miraré a Ariadna a los ojos y le contaré de mi verdadero amor. Ella entenderá. Saldremos de allí y subiremos a un barco para navegar juntos siempre. Zarparemos hacia nuevos territorios y le mostraré el mundo.

El día llega.

Veinte pesos. Sólo veinte pesos me separan del boleto dorado para entrar a ver el show. Soy Charlie y quiero ganarme la fábrica de chocolate. Soy el asesino de Willie Wonka. El traidor. No, el ganador. Quiero el premio mayor y que las señoras de la fila dejen de darme codazos para entrar. Sólo quiero dar un paso y vislumbrar lo que hay dentro de aquella carpa oscura, detrás de las cortinas rojas y de los anuncios de la terrible mujer lagarto. ¡No se acerque con un niño en brazos, podría arrebatárselo y devorarlo! No les creo nada. Ella, con esa mirada, no puede ser otra que Afrodita, debe serlo en todos sus nombres, en todas sus visiones.

La fila avanza.

Somos tantos. Me pregunto qué buscan estas mujeres, estos niños, estos hombres. Ella tendrá ojos sólo para mí. Seremos uno. Romperemos el cerco y escaparemos. Haremos el amor en cualquier hotel de paso que acepte mujeres lagarto. Sabremos pronto si nuestras crías nacerán del huevo. Cuántas serán. Si se parecerán a su madre. Por Dios, que así sea. Será una nueva raza que conquistará al planeta para siempre. Alzaremos la vista al espacio y buscaremos nuevas galaxias por habitar.

Estoy dentro.

Me muevo a través de siluetas torpes, de hombres que se han quedado pasmados al ver a mi diosa lagarto. Empujo, sudo, me escurro entre todos los que me separan de ella. Nada me detiene. Y al fin estoy frente a ella. Todos los instantes del mundo confluyen justo ahora. El tiempo, por supuesto, se detiene. Los de seguridad me miran sospechosos. Los de atrás empujan, quieren verla. Alguien grita justo cuando pongo en alto el martillo. Mi mano aprieta con fuerza. Dejo que la velocidad haga el resto. Las luces tintinean y veo cómo el cristal estalla y la prisión que la detiene se destruye. Estoy con ella y es todo lo que importa. El dueño del infame circo corre hacia mí. Otros se le unen. Estamos atrapados y eso es todo.

Es el fin.

La miro y me mira. Nuestra mirada es una. Nuestra mente es una. Escucho el estallido y mi corazón se llena de amor. La pistola láser desintegra a sus captores y al dueño que suelta un chillido y se orina antes de desaparecer y dejar una silueta acuosa en el piso de la feria. Ella me abraza y lo dice todo con ondas telepáticas. Es mi guerrera. Mi guardiana. Mi Sherlock

Holmes que une todos los hilos y atrapa al malvado profesor Moriarty. Es mi Doctor Who y yo soy su compañera que irá al fin del universo colgada de su brazo. Se escucha el zumbido de la nave que flota sobre nosotros. Todo es verdad. Nuestro amor es el más perfecto. Yo lo sé. Lo sabía. Siempre lo supe.

FÁBULAS DEL ANCIANO DE LOS MIL OJOS

“Estupefacto, la voz se apaga en mi garganta
y se erizan mis cabellos”.
(Obstupui, stoteruntque comae, et vox faucibus haesit,
VIRGILIO, Eneida, II, 77.)

Ocurrió en el año tres conejo, durante la llegada de la cuarta luna. Por las calles de Cuauhnáhuac corría el rumor de que en las noches se aparecía un viejo, ya muy anciano, que si te miraba de frente se cruzaba en tu camino y ya no te dejaba pasar. Le decían Anciano de los mil ojos, porque juraban que lo miraba todo. Si llegabas a encontrarlo y te cruzabas en sus pasos, no te quedaba más opción que la de escucharlo, lo único que quería era eso, ser escuchado y contar una historia que decía así:

En aquella barranca vive el Diablo. Lo sabemos porque en el desfiladero se ha tragado a niños, mujeres y hombres. Se ha digerido animales, plantas y cosechas enteras. Dicen que por eso le corre un río en el corazón, para apaciguarle su sed. Pero el hambre no se le quita. Y cómo se le va a quitar, si es el Diablo. Así lo contaba mi abuelo. Después lo contó mi padre y ahora lo cuento yo. Y es que mire, asómese, le digo que es el Diablo porque se le ve el alma ennegrecida, y en la barranca suenan las almas de los perdidos. A la barranca le pusieron nombre de mujer para ver si sus enaguas calmaban las ansias del demonio. Pero no fue así. Tuvieron que pasar

cien años para que un hombre rompiera el hechizo. Era un señor blanco como el agua que montaba un perro del tamaño de un árbol. Los dos volaron por encima de la barranca, entre gritos y relinchos y el susto de la gente que los miraba de un lugar y otro. El tal Cortés pegó el brinco y el mismo Satanás lo ayudó a lograrlo. Dicen que porque tenía el alma demasiado podrida, y el Diablo no quería saber nada de ella. Ya luego nadie supo del diantre demonio, porque sobre la barranca hicieron un puente y todo estuvo en paz. Pero a veces, en el callejón, dicen que la gente que va sola se encuentra a un hombre todo vestido de negro, que cuando se acerca, susurra una historia que dice así:

Aquellos que viven o vivieron en La Carolina lo saben: no salgas de noche. Dicen que hay muchas almas sueltas. Almas malas. Almas perdidas. Como la de la mujer vestida de blanco que te pide ayuda, y si te acercas a ella voltea y te das cuenta de que no tiene rostro. ¿Entonces cómo aúlla? Es de miedo. Uno sale corriendo por todo Rubén Darío hasta llegar a Los Chocolates y aguas, es cuando suena la campana de la iglesia. ¿Campanas a las tres de la madrugada? Sí, pero sólo tú la escuchas. Así que corres por donde se pueda. Por cualquiera de las bajadas o subidas pero siempre te encontrarás a la misma mujer, esperándote, estirando la mano para pedir ayuda. Y su llanto te pondrá la piel de gallina. Pero también hay almas buenas. Como la del General, que se aparece caminando despacio, con su bastón, tan viejo el pobre; y cuando menos lo esperas saca la pistola y ¡Pum!, rejuvenece y

allá va, hecho un muchacho que persigue a la mujer de blanco o a cualquier alma carroñera que ande por allí. El General siempre es amable. Si lo encuentras, siéntate a su lado, deja que te platique la historia que dice así:

Dicen que después de cada batalla, a Zapata le gustaba sentarse al fuego con su gente. Había entre el regimiento una viejita que contaba historias de fantasmas. Y el mismísimo general se quedaba callado, calladito para escucharla. Así que todos aquellos hombres con cara de niño, acurrucados alrededor de la fogata, escuchaban las historias de la anciana y con ello renovaban sus almas, volvían a ser unos chamacos entre el susto y la risa. Doña Josefina contaba una historia que iba más o menos así:

Sucedió en el Callejón de los Zorros, en merito San Antón. Las pocas casas que llegaban hasta la barranca apenas si tenían paredes. El techo lleno de tejas. Una noche, las señoras de por ahí comenzaron a escuchar unos pasos extraños. Sonaba como si un hombre de bastón caminara por encima de las tejas. ¡Era el Diablo! Y las vecinas más chismosas comprobaron la historia diciendo que en las mañanas todo el callejón olía a azufre; y que encontraban pollos muertos, despedazados; y que los niños de por ahí ya no podían dormir de las pesadillas. Así que luego se lo contaron a los hombres y hubo un valiente, un muchacho que dijo que él no creía en el diablo y que en la noche lo iba a esperar. Así, con machete en mano, se subió a las tejas de una de las señoras chismosas y esperó, esperó,

esperó hasta casi quedarse dormido. Entonces lo oyó: alguien caminaba en silencio, pero el ruido de su bastón lo delataba. El bastón sonaba claro, preciso sobre las tejas. El muchacho se abrazó a su machete y apretó los ojos. Los pasos se acercaban más y más a él. ¡Ay, virgencita, ayúdame! Y entonces lo vio: era negro, de pelaje brillante, los ojos le centelleaban en la oscuridad... un gato. Un gato al que le habían mochado una pata y nomás le quedaba el huesito, que sonaba y sonaba sobre las tejas. Así que al otro día todos se enteraron. Se acabó el miedo al Diablo. Pero de cualquier manera doña chismes les dijo que ella se sabía una historia de fantasmas, una historia que iba así:

Ya les habían dicho que se soltaran la mano. Eran unos chiquillos. Le dijeron a él que dejara de verle los calzones, y a ella que dejara de enseñárselos. Les dijeron que dejaran de esconderse por ahí. Eran unos muchachos babosos. Les gritaron que dejaran de andar de calenturientos en el campo. Que dejaran de besarse en público. Que por amor de Dios no fueran a comerse la torta antes del recreo. Sus papás les dijeron que ya estaba bueno. Las mamás les dijeron que se cuidaran. Eran unos locos. La gente les dijo que qué cochinos. Los amigos les dijeron que qué romántico era todo aquel amor. El amigo les dijo que con cuidado, que la reja no era muy alta. Que se brincarán sin hacer ruido. Cuando el fuego empezó él le dijo a ella que no se preocupara. Ella lloró pero se aferró a él y le dijo: yo también. Cuando saltaron las llamas no los dejaron salir. La gente gritó que en el techo había alguien.

Los doctores, enfermeras y pacientes salieron a tiempo. Los bomberos no pudieron apagar el fuego. Una gran explosión apagó para siempre el hospital. Ya les habían dicho que se soltaran la mano. Pero no lo hicieron. Se quemaron juntos. Algunas personas cuentan la historia así:

Cuatro hombres. Tres mujeres. Edificio histórico. Hospital. Oficinas de gobierno. Museo. Cámaras de video. Historias. ¿Fantasmas? Bah. Tonterías. Vamos. Madrugada. Mordida al velador. Oscuridad. Risas nerviosas. Siluetas. ¡Ay! No es nada. Nervios. Risitas. Pasos lentos. Segundo piso. Más oscuridad. Cámara nocturna. Ya no son siete. Son seis. ¿Y Ana? Tú sigue. Seguro se fue. ¿Qué fue eso? Nada. ¿Y Luis? Cinco. No se separen. Parejita. Cuarto. Besos. Vámonos. Puerta cerrada. Alguien detrás. Oscuridad. Gritos. ¿Qué pasó? Cuarto vacío. Quedan tres. Qué raro. No me dejen atrás. Alguien viene. No. Sombras. ¿Marcela? Nada. Ni un grito. Quedamos dos. Dame la cámara. No. ¿Viste eso? No. Parece fuego. Incendio. Alguien se quema. No. No vayas. Auxilio. Corre. Queda uno. Sólo soy yo. ¡Aghhh! ¡Déjame! Silencio. Velador. Cámara tirada. Off. Otra historia lo cuenta así:

No se sabe si fue ese mismo día o pasó semanas atrás, es solo que el chisme corre como marea de fuego y cada quien le agrega algún detalle, como el juego del teléfono descompuesto o la clásica leyenda urbana que vuela de boca en boca. Sucede que platican, que en una noche de tantas, dos barrenderos, exhaustos y desganados, miraron con agrado al payaso amigo

de los niños sentado afuera de la tienda de hamburguesas, el mismo que sirve para sentarse en sus piernas y sacarse la foto del recuerdo, o nomás descansar después de un día de trabajo. El primero, con la escoba todavía polvorienta, se sentó en las piernas del payaso; el segundo, en la banca, y los dos compartieron un descanso. Cuando uno de los dos dijo: estoy muy cansado y bostezó, es que dicen y platican y chismean que el payaso de fibra de vidrio, con una voz que no sabemos cómo sonó, respondió: TAMBIÉN YO... Ahora, partiendo de aquí, hay quienes dicen que los trabajadores huyeron espantados; otros, que uno de ellos cayó fulminado de un ataque al corazón y el otro, a vivir en la casa de la risa. Como sea, no sabemos si luego de esto el payaso ahora vivo se paró y se largó, porque lo cierto es que ya no está ahí; con tantos rumores la tienda prefirió quitarlo y parar la leyenda de un tajo. Dicen que hasta hay un video; otros, más audaces, dicen que el video se grabó en el mismo instante que aquello pasó. No quiero imaginar a quién haya iniciado la broma, el chisme, el cuento, y menos alcanzo a imaginar de donde puede estar saliendo el asunto. Por si acaso, yo cierro bien las ventanas, no vaya a ser que se asome un payaso queriendo regalarme una Big Mac; o peor aún, lo encuentre sentado en alguna silla de mi casa, y cuando le diga cuánto miedo tengo, me responda: TAMBIÉN YO. Y luego me cuente una historia que diga así:

¿Supiste lo que le pasó a Martín? ¡Se lo llevaron los extraterrestres! Bueno, se lo llevaron y luego lo regresaron,

porque sigue en el hospital. Yo no sé qué cosas le hicieron. Dice que andaba en su oficina, trabajando hasta bien tarde, y una luz lo iluminó todo y de pronto se apagó. Amaneció en un hotelito de Aragón y León metido en una tina con hielo. Dicen que tenía dos heridas en la espalda y que en el hospital le dijeron que le faltaban los riñones. ¡Pinches alienígenas! ¿Para qué quieren sus riñones? Lo bueno es que los aliens fueron amables y le dejaron un recado que decía: “Llama a una ambulancia inmediatamente o morirás”. Así que Martín le marcó a la policía y vinieron y se lo llevaron y así, todito, se lo contó a su mujer. Aunque sospecho que ella no le creyó, porque luego de eso ya se separaron. Ella dice que más bien le pasó por andar de cuzco. Me lo contó el otro día que estábamos en la cama. Es que la comadre y yo nos llevamos muy bien. En la noche nos acurrucamos y hablamos de extraterrestres y nos burlamos de Martín. Ella es muy linda. Me apapacha. Y yo le cuento historias que dicen así:

A mí esos asuntos dejaron de interesarme hace tiempo. Me cansé de buscar leyendas urbanas. Por supuesto que les dije que todo el asunto de las agujas infectadas de VIH era falso, que los dulces con droga eran un mito, que la hija de Silvia Pinal no se aparece en la carretera México-Cuernavaca y que ningún payaso de plástico puede hablar. Pero vamos, la historia me interesó, así que acudí a la iglesia del Calvario a ver al dichoso fantasma. Instalamos el equipo entre el Chapitel de la Virgen y el atrio. Todo quedó cubierto. Así que mis ayudantes y yo nos quedamos en vela para estar al tanto de cualquier

suceso. ¿Por qué me interesó? Cuando vi al sacerdote llorar como un niño supe que algo distinto estaba pasando. Por eso, cuando sonaron las primeras campanadas, corrimos a ver qué ocurría. No había nadie. Las cámaras tampoco registraron nada, más que el movimiento de las campanas como si alguien las hubiera sacudido. Fue cuando miramos hacia la fuente y lo vimos. La figura de negro sostenía al padre Juan por el cuello. Lo levantaba del piso como si fuera de papel. Luego lo lanzó contra las rocas y volteó a vernos. Lo supimos de inmediato. Los ojos oscuros no dejaban duda. Gritos, desmayos y desvaríos en mi staff. Sólo yo pude contener el miedo el tiempo suficiente para descender hasta la entrada de la iglesia. Miré hacia dentro y ahí estaba aquella figura, sentada en una de las bancas. El olor a azufre era intenso. Cuando pude contener el asco me acerqué y lo miré en toda su eternidad y elegancia. Era Él. Lo último que sentí fue su brazo sobre mis hombros. Su boca fétida y su lengua bífida junto a mi oído, para contarme una historia que decía así:

Miré a la luna de Teopanzolco para pedirle ayuda. Estaba perdido. Los hombres que me seguían eran unos locos, fanáticos de la guerra florida. La luna estaba quieta, como siempre, contando historias de nuestros padres y abuelos. El Anciano de los mil ojos estaba ahí, muy cerca, pero sólo era un testigo de lo que estaba ocurriendo. Yo sabía que nadie podría ayudarme, que me capturarían y estaría sobre la piedra de sacrificio muy pronto. Me llevarían lejos. Sufriría para que los dioses supieran de mi existencia. Me harían

rogarles por el sacrificio para detener el dolor. Me pintarían con colores exquisitos, me perfumarían, me ataviarían con flores, me dejarían mirar a los ojos del sol. Pero mi pecho no quería detenerse. Tomé una piedra y me lancé al ataque. El dios conejo fue testigo. Rompí la cabeza de tres hombres y machaqué con odio las manos de otros. La sangre voló. Entonces sentí el dolor en las piernas. No pude moverme más y los otros se abalanzaron sobre mí. Ahí, a la orilla de la pirámide, maldije a los dioses para no ser solicitado en sacrificio. Fue el Anciano de los mil ojos el que los detuvo con su luz. Todo pasó en un segundo. Volamos por los aires mientras los guerreros agonizaban sobre el césped del amanecer. Pude ver las ciudades hermanas a lo lejos. Pude ver el tiempo que pasaba y cómo éramos visitados por hombres pálidos que usaban pelo en la cara. Pude ver la guerra y la derrota. No había dioses por ningún lado. El cielo estaba vacío y éramos sólo él y yo, viajando a través de lagos que reflejaban nuestra imagen. Vi la llegada de monstruos hechos de piedra. De la caída de montañas. Del sufrir de la barranca. Vi las historias del anciano. Sufrí lo que él. Divisé a lo lejos la nueva Cuauhnáhuac. La caída del bosque. Cuernavaca, le llamaron los nuevos habitantes. Vi las calles y las avenidas. El ruido, el caos, la luz artificial en la noche. Lloré hasta que mis lágrimas cayeron por un salto de agua. Cuando volvimos a mi tiempo estaba solo, bajo la sombra de la pirámide. Volví a casa y todo estaba igual. Ella me abrazó. Los pequeños se aferraron a mis piernas porque creían que nunca volverían a verme. Nunca me lo van a creer, les dije. Tengo una historia que contarles.

MONSTRUOS

I'm almost human, can't help feelin' strange.
Gene Simmons

El niño contempla con asombro los restos del insecto.

El suceso no deja de ser una maravilla, una maravilla viscosa que ha arrancado de la suela del zapato con la ayuda del pulgar. Después de soportar el asco, hacer el gesto correspondiente y limpiarse los restos coloridos en el pantalón, vuelve a observar al bicho aplastado. Las alas todavía se mueven un poco, pero comienzan a perder energía. El chamaco está atónito, el corazón le tiembla de la emoción y gira la cabeza a la búsqueda de algún cómplice a quién relatarle tal portento. Pero no ve a nadie. El bosque parece estar vacío. Por encima de los pinos el viento también guarda silencio. Las ramas se mecen suavemente y el sol apenas alcanza a colarse a esa hora de la tarde. Ahora que se fija, es probable que esté extraviado. Es un niño desobediente con botas rojas, que camina hacia donde cree haber visto por última vez el sendero que lo lleva a casa. No hay nada. La luz comienza a desvanecerse, el viento sopla una advertencia sutil y el mozalbete se siente, por primera vez, asustado. Entonces llega el hombre.

El hombre mata al párvulo con facilidad.

Toma al chiquillo por el cuello y lo lanza contra la base de un portentoso árbol. El frágil cuerpo cae, roto, ya sin vida, y el individuo contempla maravillado el cadáver. Le parece que hay en él una inocencia que había olvidado. Siente una

tristeza como lluvia en su pecho. Pasa sus toscas manos por la cara del chiquillo, todavía tibia, y siente en el estómago un vacío a la vez terrible y hermoso. Hace una mueca que parece una sonrisa que nadie ve. Ahora que ha matado no sabe qué hacer. Allí, tan lejos, no llegan los gritos de los padres que buscan al niño perdido. En el sendero casi no hay luz. Es un sujeto de botas toscas que ha dejado sus huellas por todos lados. El bosque se vuelve un cúmulo de sombras que el tipo está acostumbrado a recibir. Camina con firmeza hacia la cabaña que construyó con sus propias manos y arrastra el cuerpo diminuto que deja un rastro en el lodo con sus botas rojas. Nadie nunca lo sabrá. El asesino tiembla de emoción, de nervios, de una alegría recobrada que pensó que jamás volvería a sentir. Un golpe seco detiene su camino.

El monstruo contempla sin asombro los cuerpos del hombre y del niño.

Sus garras apenas sintieron el golpe. Está acostumbrado a golpear rocas y a dejar su marca en los árboles para que nadie se acerque a su hogar. Pero alguien se atrevió y ha pagado el precio. El ser mira el cadáver de aquel sujeto. Siente amor. No quiso matarlo. Quiso hablarle por primera vez en el idioma que sólo entienden las rocas, en el lenguaje que le murmuran los árboles, pero aquel humano no lo entendió. Así que después de lanzar un gruñido y tomarlo entre sus garras, el frágil cuerpecillo se ha desmadejado.

El abominable ser se siente juzgado por el viento frío que llega del norte, por los seres que lo miran desde la espesura de las aguas, por todas las criaturas que reptan y tiritan entre

los troncos, las ramas, la savia de los prodigiosos gigantes que observan todo. El mismo bosque, como un organismo vivo que abre los ojos a la noche, lo juzga. Por eso el monstruo llora. Es un ente nacido en la penumbra que da sus primeros pasos torpes por el mundo. Sus lágrimas son torrentes que rompen el césped, son nuevos cauces en el corazón del bosque, en la frondosidad que se desaparece en un color negro que lo traga todo.

A lo lejos, las antorchas de los habitantes del pueblo se internan en las tinieblas. Son pequeñas luciérnagas que comienzan a iluminar los pasos del niño, del hombre y del monstruo que muere de melancolía.

La terrible mole gruñe, bufaba, lanza dentelladas que brillan en la oscuridad.

Es una maravilla contemplarlo, un portento, un dios primigenio y grotesco que no sabe cómo comunicarse con sus hijos, con su entera creación.

A LA ORILLA DEL UNIVERSO

*Here am I floating round a tin can, far above the Moon,
planet Earth is blue, and there's nothing I can do.*
David Bowie

Asomó por la ventana.

Pudo ver la esquina plateada de la máquina del tiempo, y sus ruedas depositadas sobre un campo verde. La niebla y el rocío del amanecer le daban un aspecto romántico a la escena. Pudo ver a lo lejos al puñado de caballeros que se acercaban a él. Los hombres, a caballo, agitaban espadas y lanzas y gritaban como si fueran hacia la batalla final de sus días. Entonces escuchó el gruñido, los bufidos; sintió el aliento del dragón en cuyos pies reposaba, sin saberlo. El animal lo miraba, curioso, y al pintoresco armatoste que brillaba con los primeros rayos del sol, mientras el zumbido del motor seguía sonando y una alarma de proximidad se disparaba dentro de la cabina de control. El fuego lo rodeó todo, y el viajero jaló de la palanca.

Asomó por la ventana.

En una tierra dorada, la gran civilización lo recibía con esferas multicolores. Su imagen era transmitida en millonésimas de segundo a la población entera, que en cada uno de los puntos cardinales lo observaba desde máquinas digitales desde las que podían interactuar con él. Pudo escucharlos a todos. Pero sus rezos le taladraban el cerebro y quiso llorar. Entendió lo solos que se sentían. Supo que la paz era el resultado de su soledad y extendió sus manos

para tocarlos a todos y sentirse parte de aquel mundo. Se sintió magnánimo. La máquina tembló cuando los primeros habitantes del planeta dorado alcanzaron la escotilla. La cadena de cuerpos llegaba desde la montaña más alta hasta el cielo. Habían alcanzado la nave y jalaban de ella para poderse subir. ¡Llévanos!, le gritaban. El viajero cerró las compuertas y sintió toda la tristeza del universo. No podía hacer nada para salvarlos. Entonces escuchó la gran explosión desde el centro del planeta, y jaló a tiempo la palanca para escapar de allí.

Asomó por la ventana.

Llegó a la tierra de los gigantes. La luna giraba alrededor de un planeta congelado, al que los grandes seres contemplaban como el destino final, como el paraíso. Los gigantes miraron con extrañeza la máquina del tiempo, y uno de ellos la tomó en sus manos y la guardó en una esfera de vidrio. La esfera fue guardada en un cajón del tamaño de un mundo. Desde aquel escaparate, el viajero pudo ver a los demás viajeros, aprisionados en cárceles transparentes por la eternidad. Entes que provenían de todo el universo lo miraban con nostalgia y pedían auxilio. Se supo acompañado en el viaje a través de todas las dimensiones y quiso llorar de emoción. Un gigante abrió el cajón y dijo: tengo hambre. El viajero jaló la palanca y desapareció en un estallido de luz.

Asomó por la ventana.

La vio morir. Una y mil veces. La rescató para verla desfallecer en sus brazos. Huyó con ella a través de planetas ardientes para verla morir en un suspiro. Llegó a tiempo a mundos de seis dimensiones donde ella y él trazaban un

destino perfecto de amor, y no podía salvarla de ir hacia los abismos y caer en la oscuridad. La vio morir hasta que decidió buscar al culpable. Jaló la palanca y dijo adiós. El mapa estelar brilló en su tablero electrónico en un punto al que le faltaba visitar, y voló a él, a la última rama del gran árbol de las constelaciones.

Asomó por la ventana.

Se pudo ver a sí mismo reflejado mil veces sobre los espejos del tiempo. En cada uno, aquel ser asomaba por un orificio de la diminuta máquina, que tintineaba a través de agujeros de gusano y brillos en las explosiones de un sol distinto a la vez. El viajero fue testigo de la gran broma galáctica que se había jugado él mismo, sin saberlo. Era cómplice del resultado funesto de su gran descubrimiento. Allí, a la orilla del universo, pudo ver que el tiempo estaba torcido y que no habría modo alguno de volver alguna vez a casa. De arreglar las cosas. Quizás él mismo lo había provocado. Pensó en un gran bufón que se jactaba de ser Dios mientras jugaba a las escondidas en aquel laberinto con forma de galaxias. Se sonrió a sí mismo (mil veces), y jaló de la palanca.

LA COSTUMBRE DE CERRAR LOS OJOS

*Tired of lying in the sunshine,
staying home to watch the rain.*

Roger Waters

La Habana, lugar desconocido, 1940.

Un día antes de partir abrí una cuenta en una vieja red social llamada Twitter. Lo hice por órdenes de mi supervisor, quien pensaba que siempre era mejor dejar un rastro a través de cualquier línea de tiempo, por si algo salía mal y fuera necesario buscarme. Elegí un nombre falso y puse como fotografía de perfil la famosa imagen de Albert Einstein sacando la lengua a la cámara. Pensé que sería gracioso. El viernes, cuando los técnicos activaron la máquina y pude verlos desde la cabina, con sus ojos llenos de miedo y su poca esperanza en mí, recordé que no había tenido tiempo de actualizar mi estado en el aparato ligado al año 2014, y que una vez en el pasado tendría que verificar su funcionamiento para dejar rastro de mi existencia. La verdad es que lo olvidaba, o no tenía tiempo, o prefería fumarme un cigarro sentado sobre la pirámide de Giza pero igual dejaba pequeños mensajes de vez en cuando. Después sólo recuerdo el dolor, el estallido y encontrarme desnudo en las calles de Chicago en 1920. Ahí comenzaron los saltos temporales al dormir. Un día podía despertar en el desierto y otro amanecer en la Luna. Pero ayer abrí los ojos después de la siesta vespertina y no entendí nada

de lo que estaba ocurriendo. Todos me miraban asustados. Había vuelto a mi propio tiempo. Pero no estaba solo.

**Soy el Viajero @troyano_000 Hace 12 horas.
Un salto se disparó antes de quitarme
el traje en la base de operaciones. He
despertado en la ciudad de Hiroshima,
Japón.**

Alabama, Estados Unidos de América, 1974.

Conocí a una mujer. Se llama Thelma. Desperté en la granja de sus padres, oculto bajo el heno. El frío del granero me despertó y vi sus ojos grises. Ella también lloraba. Ayudó a cuidar mis heridas y yo traté de explicarle, en mi inglés entrecortado, por qué no podía quedarme dormido otra vez. Sin embargo era algo difícil de lograr. Mi más larga vigilia ocurrió en un viaje espacio-temporal a la Alemania nazi de 1940. Soñé estúpidamente con asesinar al Führer. Me mantuve despierto siete días antes de cabecear un poco mientras esperaba oculto en las bodegas del Führerbunker, en el jardín de la Cancillería del Reich. Entonces cerré los ojos. Fue sólo un segundo. Desperté en la soleada Alabama, y Thelma me miraba con la ternura de Cleopatra a Marco Antonio. Luego de tres días explicándole de dónde venía, sus ojos se iluminaron con mis historias de viajes en el tiempo y en el espacio. Le conté del proyecto Verne y de la creación de la máquina, del traje; de los primeros errores, los cálculos, las explosiones; de mi participación en el proyecto Die Glocke

(La campana, en alemán) para robar los planos esquemáticos de la máquina del tiempo que los nazis estuvieron a punto de construir, y de cómo después de obtenerlos eché todo a perder por mi intento ridículo de matar a Hitler. Una luz en el traje temporal parpadeó, anunciando el viaje de regreso a casa.

**Soy el Viajero @troyano_000 hace 6 horas.
He dormido y despertado en el mismo
lugar. El Xerum-5 ha funcionado. No puedo
saltar en el tiempo.**

Buenos Aires, Argentina, 2034.

El equipo de científicos a cargo del proyecto nos ha separado. Thelma está siendo revisada por los médicos. Me han dicho que está bien. Mi supervisor me ha explicado que la siguiente fase es probar un suero para detener los saltos inesperados. El Xerum-5, me dice, debería controlar la adrenalina en mi cuerpo, pues cuando duermo el nivel baja y se disparan los eventos. Algo ocurrió entre mi cuerpo y el traje para saltos temporales, que comenzó a activar los viajes sin ningún procedimiento ni orden del piloto. Si duermo, el traje –del que nunca debo salir en misiones– podría acabar llevándome a Seleucia, Babilonia, en el 321 antes de Cristo, y nadie, ningún miembro del equipo, ninguna máquina, ningún equipo de grabación, tendría rastro de mí. Espero que la inyección funcione antes de que no resista estas ganas de dormir.

**Soy el Viajero @troyano_000 hace 4 horas.
Dejo las coordenadas de mi ubicación para
que puedan enviar una misión de rescate:
34°23'47"N - 132°27'34"E**

Hiroshima, Japón, agosto de 1945.

Tuve que dejar atrás a Thelma. Escuché sus gritos mientras los miembros de seguridad del proyecto Verne la arrastraban a los laboratorios. La línea de tiempo que he afectado al traerla aquí ha tenido graves consecuencias. Un grupo especial intentará una “cirugía” en el espacio/tiempo y tratará de que la cicatriz no sea demasiado visible. Hay pequeñas cosas que, si se afectan, tienen grandes cambios en el mundo. Por ejemplo mi costumbre de cerrar los ojos antes del disparo en cada viaje. Cuando la inyección entra a mi cuerpo y la máquina comienza a cimbrar cada una de mis moléculas, yo imagino que estoy en otro lugar, casi siempre en un viejo camino empedrado que me lleva a casa; ahí, a lo lejos, veo a mis padres lanzándome un saludo de bienvenida. Al final, una vez que mi cuerpo ha sido lanzado a través del tiempo y el espacio, lloro hasta vaciarme de toda la tristeza. Nadie me dijo que estaba prohibido ser un viajero del tiempo con melancolía.

**Soy el Viajero @troyano_000 hace 2 horas.
Son las ocho de la mañana en Hiroshima.
Es un día perfecto. Los niños van a la
escuela. Me pregunto a qué distancia se
encuentra el Enola Gay.**

Han sonado las alarmas. Puedo ver, a la distancia, al Enola Gay. He decidido presenciar el estallido desde el puente Aioi. Desde ese lugar las mediciones serán más precisas; no, serán exactas. El traje biomecánico deberá absorber el impacto y me mantendrá en una burbuja temporal hasta que los ingenieros regresen a rescatarme. El único medio de contacto ha sido la red de mensajes breves que elegí, su logotipo dibuja a un pequeño pajarillo blanco rodeado de un cuadrado azul. Mi futuro (o pasado) está en manos de un ridículo pajarraco llamado Larry. Es probable que su débil vuelo digital sea mi salvación. El miedo me inunda, no dejo de pensar en Thelma y en largarme de este lugar. Podrían pasar cien años en lo que llega un equipo de rescate. El traje me mantendrá vivo e invisible, sí, pero a qué costo.

**Soy el Viajero @troyano_000 hace 3 minutos.
No puedo saltar en el tiempo, pero confío
en que un equipo de rescate ya esté en
camino. Mentira, tengo miedo de que
nadie leerá estos mensajes.**

Son las 8:16 de la mañana. Veo caer a Little Boy. Trae el infierno en su vientre. A mi alrededor todo es un caos. Observo por última vez a los niños de la escuela que se refugian debajo de sus escritorios. Una maestra sostiene un crucifijo en alto y llora. En el hospital quirúrgico, a 200 metros de mi ubicación, algunos médicos miran por la ventana. Entonces se hace la luz. La detonación crea una explosión equivalente

a 13 kilotonnes de TNT, a pesar de que el arma con U-235 se consideraba muy ineficiente pues sólo se fisionaba el 1,38 % de su material. La temperatura se eleva instantáneamente a más de un millón de grados centígrados, lo que incendia el aire circundante, creando una bola de fuego de 256 metros de diámetro aproximadamente. En menos de un segundo la bola se expande a 274 metros. “Dios mío, ¿qué hemos hecho?”, dice el capitán Lewis a bordo del Enola. El hongo nuclear arrasa con todo mientras mis instrumentos y yo lo observamos. Cierro los ojos y pienso en dejarme ir, saltar en el tiempo, despertar en otro lugar, en otra época, pero recuerdo que me administraron el suero y es, hasta ahora, eficaz. El mundo se vuelve ceniza. El estallido convierte a la gente en manchas, sombras, polvo.

No puedo dejar de llorar.

Sólo sé que he llegado a la antesala del infierno y no quiero estar más aquí. Quizá todavía soy capaz de viajar a destinos aleatorios. Lo pienso mientras me deshago del traje y el calor me abrasa el cuerpo. No sé por qué lo hago. ¿Qué hemos hecho? Doy un par de pasos antes de mirar atrás. Una luz parpadea en el visor electrónico: es un mensaje. Tal vez recibieron mi ubicación, mis recados, y vienen por mí. Aprieto los ojos y cuando los abro veo cenizas, son mis manos, que se dispersan en el viento; mis pies, mi torso, todo desaparece. Quiero gritar pero ya no tengo fuerzas. Soy una mancha sobre lo que queda del puente. El traje, ahora vacío, desaparece en un leve estallido de luz.

UN PUNTO ROJO

*Los cohetes vinieron como langostas
y se posaron como enjambres envueltos
en rosadas flores de humo.*

Ray Bradbury

Primero llegaron las máquinas.

Miles de ellas. Encendieron sus colosales motores impulsados por energía limpia. Anclaron sus grandes patas en la orilla del río y comenzaron la construcción de los muelles. Levantaron grandes hangares sobre la arena cobriza y forjaron caminos para el paso de las arcas. Las grandes embarcaciones, que flotaban lo mismo sobre la tierra que sobre el agua, atravesaron el desierto y trajeron con ellas a la población entera del mundo.

Vinieron, no sin gran tristeza, los hijos de los hijos del bosque del norte, con sus añejas familias y sus artes ancestrales para domar huracanes; desde el sur, los hijos de los hijos del mar, pescadores y artesanos de la comida inacabable; y desde oriente, las hijas de las hijas del desierto, señoras de las grandes dunas, hacedoras de guerreros.

Así comenzó el éxodo.

Uno a uno, los habitantes del verde planeta siguieron el camino del río hacia el puente que los llevaría a su nuevo hogar. Las arcas, repletas de personas de piel brillante y morena, con sus ojos amarillos y la cabellera oscura; lo mismo

los de piel blanca y marchita, con sus ojos azules; y los de piel oscura, con ojos grises, todos marcharon en silencio hacia la inevitable salida que les había sido pautada por los científicos.

Llegaron, también, los habitantes del valle de agua. Seres bidimensionales que eran visibles solo en ciertos momentos del día, creadores de la lluvia púrpura que hacía crecer bosques sobre cualquier superficie, dueños del vino para la eterna juventud, guardado en botellas multicolores que se desvanecían al fondo de grandes barriles dorados. Los sabios trajeron consigo sus catedrales, sus templos, sus libros antiquísimos y sus reliquias más preciadas. Llevaron en delicadas urnas a sus antepasados, sus muertos y los recuerdos guardados en estuches de cristal. Pusieron en cajas del color del Sol sus mejores momentos, sus miedos y todos los venenos del planeta. Empacaron sus envidias y todas las venganzas de su milenaria historia. Llegaron muchas más arcas llenas de animales. Todas las aves, los peces e infinitos cubos llenos de bacterias. Arcas llenas de todos los árboles del planeta. Todos y cada uno de ellos. Las plantas y el musgo. También las telarañas y el polvo. Arcas enteras destinadas a llevar el agua del mar en enormes recipientes. Las aguas de los ríos, cascadas y corrientes. Arcas especiales, reforzadas para la carga más pesada, llenas de verdes montes, montañas y de lagos enteros con su ecosistema intacto, también valles y las ciudades más sagradas amontonadas como si la mudanza no diera para más.

Cuando quedaron solamente los grandes canales y los montículos de polvo, el pueblo entero echó un último vistazo

al desolado planeta mientras se alejaban; y así lo vieron hasta que no fue más que **un punto rojo**, perdido en la espesura del universo.

El enorme cohete aterrizó suave, pero con un gran estruendo sobre la superficie marciana. Las imágenes en alta definición enviadas por el Curiosity habían sido determinantes para lanzar la primera misión al planeta, al igual que los análisis químicos enviados por la sonda.

–Y a ti, ¿cómo te convencieron de venir a este mundo de mierda? –dijo Jackson.

–Creí que encontraríamos algo –afirmó Kata-, pero los instrumentos confirman que no hay ni hubo nunca vida aquí.

Jackson sonrió resignado. Miraba de reojo a la doctora, especialista en exobiología, que hurgaba entre el polvo y rocas en aquella absoluta desolación.

–Deberíamos usarlo como basurero –masculló Jackson mientras pateaba sobre la arena rojiza creando una polvareda.

–Tal vez supieron que vendríamos, y por eso se fueron –dijo Kata sonriendo-. Tal vez un día paseó por aquí un niño marciano, jugando con sus juguetes de plata a que era un viajero que volaba por el espacio estelar.

Los astronautas volvieron al cohete y pasaron la noche en silencio antes de partir. A unos metros de la escotilla, una pequeña nave plateada, olvidada entre el polvo, brillaba con luz propia.

DESDE EL INFIERNO

*Desde el infierno, señor Lusk,
le adjunto la mitad de un riñón que tomé de una mujer
y que he conservado para usted,
la otra parte la freí y me la comí, estaba muy rica.*
Jack the Ripper

El monstruo está frente a mí.

Puedo verlo perfectamente mientras me clava su mirada. Los ojos muertos, oscuros. Intuyo que se trata del asesino en serie del que han hablado tanto en las noticias. El sombrero de copa y la capa larga, negrísima, que parece hacerlo flotar en el viento mientras camina distinguido por las calles de Whitechapel. Ahora está frente a mí. Y como han dicho, es un monstruo, sin ningún rastro de la humanidad que alguna vez haya habido en él.

Han pasado varias semanas desde el primer asesinato. La prensa ha contribuido a que se propaguen rumores infundados, y la misma policía está desorientada. Scotland Yard es una maldita broma. Apenas el sábado, los muy obtusos, acorralaron al actor estadounidense Richard Mansfield en su hotel, sospechoso de cometer al menos uno de los salvajes crímenes. ¿La prueba?, que Mansfield tiene un mes protagonizando el papel principal en la obra de El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde. Pésimo actor, si me preguntan, pasando a través de un espejo hueco para imitar las dos personalidades. Una obra para el olvido. Luego las investigaciones fueron tras el triste limpiabotas John Pizer,

un judío-polaco con malos antecedentes de conducta. Lo observé una vez mientras molestaba a una prostituta en uno de los callejones de la calle Berner. Torpe limpiabotas, tosco, ignorante, rogándole a una pobre tipa por un poco de sexo a bajo precio. No hay descuento para los miserables. Quizás en el infierno.

Pensé que verse así, en lo más bajo de su pequeña humanidad, merecía un llamado de atención pero decidí seguir mi camino y olvidarme del estúpido circo en que se ha convertido la calle.

A veces, mientras me pongo el delantal y me preparo para un largo día en la fila de carne del mercado, pienso en la pobre de Mary Ann Nichols, a la que señalan como la primera víctima del destripador. La encontraron un viernes a las 3:40 de la madrugada. Su garganta había sido seccionada profundamente por dos cortes, mientras que la parte inferior del abdomen se hallaba parcialmente desgarrada por una herida profunda e irregular. Muchas otras de las incisiones en la región abdominal habían sido hechas con el mismo cuchillo. Quizá, dijo algún experto, uno de esos cuchillos de carnicero. Largos, afilados, letales en las manos equivocadas. Pienso que llegué a verla alguna vez por Buck's Row, caminando con su fingida elegancia y su falso acento galés. Recuerdo haber pensado en solicitar sus servicios, minutos antes de que me echara aquella mirada de desprecio y mi mano dejara de contar los chelines en la bolsa del pantalón. Solo era un sueño. Ahora imposible de cumplir por culpa de su homicida.

Me pregunto si los sueños llegan a cumplirse.

Temo por ello. Veo en mi mente los asesinatos del que llaman Jack. Me veo a mí mismo escribiendo cartas sin destinos, haciendo conjuros en la noche para no ser atrapado; y al mismo tiempo dejando huellas torpes, en asesinatos comunes, para que alguien pueda encontrarme. Veo pasar en los pasillos del mercado al señor George Lusk y a sus compañeros del comité de vigilancia vecinal de Whitechapel. Puedo ver el juicio en sus ojos, mientras uno a uno pasa frente a mí y me observa cortar un buen pedazo de ternera en tiernas rebanadas. La destreza de años me hace un experto carnicero. Pongo la carne en sus mesas. Hago el bien a la sociedad.

También he soñado a la prostituta Mary Jane Kelly. El día en que le pedí que me dejara acompañarla a su domicilio. Una dama no debe andar sola a deshoras y menos una que cobra por la compañía de los hombres. ¿Cómo iba a saber que el asesino la esperaba en casa? Dicen que se comió su corazón. Dicen que el cuerpo de Kelly se encontró horriblemente mutilado en la cama de la habitación donde vivía, en el número 13 de Miller's Court, cerca de la calle Dorset de Spitalfields, a las 10:45 a.m. del viernes 9 de noviembre de ese año. El cuerpo mostraba un corte que iba desde la garganta hasta la columna vertebral y al abdomen se le habían retirado completamente sus órganos.

Tuve un sueño donde soy yo quien mata a Mary Jane en su cama.

En la pesadilla, comía la mitad de un riñón y guardaba la otra para enviarla a la policía. Luego le escribí una carta al jefe Lusk, en Whitechapel, y le decía que podría enviarle

el cuchillo ensangrentado con que se extrajo, si se esperaba un poco. Firmaba: atrápeme si puede, Señor Lusk. Y al final hacía un garabato con el nombre que me daba la prensa, por si quedaba duda de que fuera yo. Desde el infierno, señor Lusk. Creo que nadie debería tener que soñar cosas así, y despertar para mirarse las manos temblar sin control y luego vaciar el estómago de los fantasmas acumulados en una noche.

Frente a mí, el monstruo. Es Jack.

Pienso en detenerlo. Es hora. Así que me muevo despacio mientras lo veo imitar mis movimientos. Debo ser más rápido. Alcanzar el cuchillo. Hacer un corte limpio. Librar al mundo de semejante atrocidad. He tomado el arma en mis manos pero el asesino ha hecho lo propio. Estoy a merced del demonio, que me sigue la mirada, implacable. Ahora entiendo que es probable que si me empeño en enfrentarme a él, perderé la batalla. No importa lo mucho que haga para derrotarlo. Por eso doy un paso atrás y creo que la estrategia funciona, pues también lo hace él. Hay algo en su mirada que parece un dejo de arrepentimiento. Sabe que no hay escapatoria, pero que su naturaleza terrible lo llevará en la búsqueda de más sangre y cometerá los actos más espantosos mientras nadie pueda darle alcance. Nadie sabrá que llora y nadie lo encontrará en ningún tiempo. Veo en sus ojos el infierno. Su infierno.

El espejo no miente.

El monstruo está frente a mí. Me mira con melancolía, porque sabe que solo yo lo comprendo y se lamenta, sabe que no le pediré que se detenga nunca jamás.

EL MUSO TIENE QUE MORIR

El personaje llegó al final de la escalera. Desolado, descubrió que la única salida estaba tapiada. No había escape. Dejó caer la espada y entendió que aquello era todo para él. Un rugido le recordó que el monstruo estaba cerca y...

–Tan predecible –dice el muso.

–¿De qué hablas? –le respondo con cierto grado de enojo.

–Tu final. Era obvio. Siempre buscas el final trágico y el personaje principal se muere.

La seguridad en la media sonrisa que esboza el muso me hace pensar que tiene razón. O tal vez no. Alguna vez creé un personaje cuyo único talento era la excesiva seguridad propia. Lo maté lanzándolo desde un precipicio aunque el pobre pensó que sobreviviría. Le dejé sonreír antes de su estrepitosa caída contra el fondo. El muso, sin embargo, parece tener razón.

La semana pasada terminé un cuento por encargo. Se trataba de una historia de corte navideño para una compilación de la editorial de un querido amigo. En su carta de invitación, el amigo me pedía que fuera un poco suave con el tratamiento y no le diera un tono lúgubre como los que acostumbro. Al parecer el libro estaba orientado a un público juvenil y debía transmitir un mensaje positivo. Cuando el muso leyó el primer borrador soltó una tremenda carcajada.

–¿Y ahora qué? ¿No te gusta? –le pregunté.

–Lo que pasa es que has hecho del lugar común un sitio acogedor para personajes sin futuro.

–No entiendo.

–Tu modo de enfrentar... mira –el muso hizo una mueca de hartazgo–, cuando tienes la oportunidad de sacar a todos tus personajes del hoyo, los hundes más.

–¿Y eso qué tiene de malo?

–Pues que alguna vez deberías hacer caso a mis sugerencias. ¿Para qué quieres un muso si no lo vas a atender?

Y es que, para ser claro, hace un par de años que vivo la desgracia de tener un muso. No una musa, como podría esperar cualquier creador de historias o poesía. Un muso. Un tipo entrometido, malhumorado y sarcástico que de vez en cuando me da opiniones sobre algunos textos, pero me parecen tan malas que simplemente lo ignoro.

El muso llegó a mi casa una noche de insomnio.

Mi cansancio y la imposibilidad de dormir eran pagados por los personajes de un pequeño pueblo, invadidos por una plaga de políticos. En la historia, un moderno Flautista de Hamelin hacía sonar un instrumento para hipnotizar a los diputados, senadores y demás bichos para llevárselos lejos, pero al no recibir su pago a tiempo, el indignado músico hacía sonar su ocarina para regresarlos a sus posiciones de poder. Era una historia de terror. Las ratas, multiplicadas, terminaban siendo una consecuencia de los errores del pueblo y la moraleja era tan burda que el muso, al leerla, echó a reír y los dos nos carcajamos tanto que la noche terminó en una juerga tremenda hasta el amanecer.

Pero ahora las cosas han cambiado.

–¡No es mi culpa que hayas perdido el rumbo! –dice el muso.

–¿Perder el rumbo? Para eso estás aquí. ¿Acaso no eres un ninfo? ¿Es que no descendes de las nueve inmortales y has venido a sacarme del oscuro trance que es perder la inspiración?

El muso guardó silencio y caminó un rato de un lado a otro. Pude verlo tratando de calmarse y, sin decir nada, salió de la estancia y apagó la luz.

Hoy se cumple un mes desde que el muso se instaló en su propio cuarto. Con el paso de los días lo he visto ir y venir sin decirme nada. A veces le dejo borradores bajo su puerta para que los revise, pero los encuentro al otro día sobre mi escritorio, sin una sola marca o comentario. Me preocupa. Estoy seguro de que el maldito tiene algo que decir pero ha decidido dejar de ser mi inspiración. Todo funcionaba tan bien. Ahora tengo que aguantar, además, sus salidas nocturnas y la música estridente desde su habitación. A veces trae mujeres que se quedan hasta el amanecer. Otras lo escucho salir en puntillas de su cuarto, entrar al estudio, encender la computadora y ponerse a escribir. Creo que está usando sus dotes de muso para forjarse una carrera propia y eso me preocupa. No es más que un muso en calzones, con el talento desperdiciado para ayudar a un pobre escritor. Eso sí que no lo puedo tolerar. Tengo que hacer algo para remediar la situación.

Por eso anoche decidí asesinar al muso.

Después de considerarlo bastante, entendí que el sujeto no aporta nada en absoluto a mi trabajo. He pensado que si dejo la puerta abierta, es posible que alguna musa, en el estilo

clásico, llegue a mi vida y se quede para ayudarme con mi carrera literaria. Es probable que alguna haya llegado, pero el muso la habrá asustado o peor, corrido con engaños. Y eso no lo puedo tolerar.

Así que por eso decidí matarlo. El muso tiene que morir. Debo planear la mejor estrategia para tomarlo por sorpresa. Tiene que irse de una vez por todas. Nadie puede saber de él y debo ser yo quien lo termine. Es urgente. Sobre todo después de leer el excelente borrador que ha dejado esta mañana debajo de mi puerta.

EL VIAJERO DEL TIEMPO

I'm insane and you are my insanity.
James Cole (12 Monkeys)

El viajero del tiempo sostiene en sus brazos a la pequeña Ana y no puede parar de llorar.

Le duele.

En realidad al viajero del tiempo le duelen tantas cosas. Le duelen, por ejemplo, las piernas y los antebrazos; resultado del esfuerzo físico al que debe ser sometido cada vez que la máquina de fotones traspasa la barrera del espacio. Le duelen los ojos cada vez que su destino resulta mal calibrado, y en lugar de llegar de noche se descubre en pleno día en algún desierto por esa maniobra accidental. Le aqueja una artritis crónica que, le han explicado, es consecuencia normal de los viajes en el tiempo. El manual de usuario de la máquina del tiempo VERNE XE7-1 da pocos detalles acerca de la descalcificación provocada en el usuario por la interfaz. Se explica, a grandes rasgos, que el armatoste genera un agujero de gusano en el espacio-tiempo a través del cual se desplaza, creando el llamado efecto de dilatación explicado por Lorentz, desintegrando en menos de un nanosegundo la masa del viajero y recomponiendo sus células un brevísimo instante después, cosa que es invisible. El viajero no puede evitar pensar en la película de la mosca y en la cantidad de bichos extraños que podrían colarse a la cámara hidrostática que, aunque completamente sellada, podría ser violada por

algún diminuto ácaro y el proyecto Wells terminaría siendo el pionero en el viaje tiempo espacial del primer hombre-ácaro de la historia.

El viajero del tiempo trabajaba como técnico de informática en una preparatoria al norte de la ciudad. En esa época, le dolían de vez en cuando los dedos de las manos de tantos reportes que tenía que capturar al ordenador. Le dolían, seguido, los ojos. Ese ardor tan particular que lo obligaba a orillarse cuando manejaba y la cortina de lágrimas era tan grande que ya no podía ver nada. Así que soñaba con volar y no preocuparse del tráfico, de los peatones suicidas, de los policías mordelones y de romperse toda la madre en uno de esos ataques de ceguera causados por el cansancio y dolor de retina. El técnico de informática acudió a un llamado para enrolarse en una nueva agencia espacial recién creada por el gobierno. Pensó que sería como la NASA pero con puestos de chilaquiles y gorditas en la entrada. También le vino a la mente el recuerdo de un cuento de Arreola y del experimento de un tal Niklaus de hacer pasar a un camello por el ojo de una aguja. ¿Cómo se vería esta pequeña ciudad desde una nave en el espacio? El técnico se convirtió en viajero del tiempo casi por casualidad. De los 127 aspirantes al puesto, entre los que destacaban: calificados soldados, policías, marinos, doctores, escritores despistados, maestros, científicos, jipis, políticos de poca monta, muchachos recién llegados a los dieciocho, un par de sicarios, tres albañiles y un mimo que en verdad era mudo; el técnico de informática fue el único que pudo entender fácilmente la complejidad del funcionamiento de la

máquina y por tanto se le dio la primera oportunidad. Entre empujones y arrebatos histriónicos de parte de un profesor de historia antigua que decía ser el mejor calificado para el puesto, el técnico fue llevado a los interiores de la agencia para hacerle las pruebas físicas correspondientes. Al cabo de dos meses estuvo todo listo para la primera prueba, la cual fue todo un éxito. El viajero del tiempo regresó del histórico viaje con una foto en alta definición del momento exacto de la crucifixión de Jesús de Nazareth. Desde entonces, al viajante le dolía la cabeza. El desplazamiento en el tiempo, además del viaje a través del espacio, resultó ser de lo más agotador pero también de lo más extraordinario que pudiera haberle ocurrido.

Después de incesantes pruebas y demostraciones a las altas esferas del gobierno, el programa de la agencia destinó recursos para que el viajero recopilara pruebas de diversas etapas de la humanidad. Instituciones privadas de todo el mundo se unieron al proyecto y exigían que se atendieran sus peticiones a tiempo, lo que provocó una carga excesiva en el uso de la máquina y, aunque la agencia se esforzaba en hacer prueba a los demás reclutas para certificarlos como viajeros del tiempo, eran pocos los que resistían a las primeras rutinas de aislamiento y resistencia, por lo que la carga seguía siendo para uno solo y este, cada vez, aquejaba mayores dolores de cabeza y extremidades, ante las cuales la medicina ya poco podía hacer. Al piloto de la VERNE XE7-1 le dolía también el pecho y sufría de una depresión aguda. El prototipo de la máquina del tiempo (en cuyo costado se

cubrió con pintura blanca la palabra PROTOTIPO) tenía una interfaz mecánica (operación de motores y matriz temporal), una digital (telemetría, optometría y radares) y una neuronal, que, conectada a través de un cable a la corteza inferior del cerebro a través del casco del piloto, permitía la operación de algoritmos que el aparato necesitaba para funcionar y programar los desplazamientos de espacio y temporales. Un detalle no previsto por los diseñadores y programadores fue que esa interacción con la mente del piloto pudiera tener consecuencias como viajes imprevistos al azar, ordenados y calculados por la mente inconsciente del viajero del tiempo. Así que el viajero pasó sus últimos años de vida entre viajes oficiales y grandes avistamientos como el misterio de la Atlántida, la construcción de la gran Pirámide, el origen de la isla de Pascua, el asesinato de JFK, el monitoreo (por razones de estudio) de una serie de conflictos electorales en diversos países latinoamericanos e impensados viajes a los momentos más tristes de su existencia ordenados al azar por la interfaz neuronal de la máquina.

Al viajero le dolía cada centímetro del cuerpo. Pero lo que más le dolía eran los viajes inesperados para revivir una y otra vez la muerte de sus seres queridos. La pérdida de algún amigo. El abandono de algún amor del pasado (y el futuro). Volver a pedirle perdón a su madre. Destrozado de ver a detalle el accidente de su padre. Y sobre todo, transportarse al día de Navidad en que su pequeña minina Ana fuera atropellada por un viejo Volkswagen amarillo. Tenerla en sus brazos y escucharla perder el aliento. Abrazar con ternura el

cuerpecito destrozado. Verla a los ojos mientras se le apaga la vida, y contarle de su más reciente viaje en el tiempo y de las maravillas que ha visto y como ahora no significan nada, de la restricción absurda de no poder cambiar ningún hecho del pasado so pena de destruir el futuro, de los dolores que tiene que ya no le importan. Ninguno como este, le dice, ninguno como el dolor de extrañarte a ti.

LOS CUENTOS

7. ESOS MALDITOS ZOMBIS
12. PEQUEÑOS ACTOS DE MAGIA
17. UN AGUJERO DIMINUTO EN LA PARED
20. EL PAYASO DEBE MORIR
22. MUNDOS QUE SE TERMINAN
27. EL SEÑOR ROMERO
30. EL SEGUNDO ATAQUE
35. EL ESLABÓN DÉBIL
39. ¿SUEÑAN LOS ZOMBIS CON OVEJAS ELÉCTRICAS?
41. EL AMOR DE LA MUJER LAGARTO
45. FÁBULAS DEL ANCIANO DE LOS MIL OJOS
55. MONSTRUOS
58. A LA ORILLA DEL UNIVERSO
61. LA COSTUMBRE DE CERRAR LOS OJOS
67. UN PUNTO ROJO
70. DESDE EL INFIERNO
74. EL MUSO TIENE QUE MORIR
78. EL VIAJERO DEL TIEMPO

EL AUTOR

Efraím Blanco

Egresado del Diplomado en Creación Literaria de la Escuela de Escritores “Ricardo Garibay” del estado de Morelos (ICM/SOGEM). Fundador y director de la editorial independiente Lengua de Diablo y de Abismo, Festival de Literatura Fantástica. Fue becario del Programa de Estímulo a la Creación y al Desarrollo Artístico de Morelos (PECDA) por el CONACULTA y la Secretaría de Cultura del estado de Morelos, con un proyecto de cuento fantástico. Ha impartido el “Taller de literatura de imaginación y breve cuento fantástico” en diversos centros culturales y en la Escuela de Escritores Ricardo Garibay del estado de Morelos, proyecto del que actualmente es director. Ganador, en poesía, de los Juegos Florales Cuernavaca en 2010 y 2015. Ha publicado cuento, poesía y ensayo. En 2012 obtuvo el Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola con el libro *Dios en un Volkswagen amarillo*. Su libro de cuentos *La nave eterna* (AcáLasLetras Ediciones, 2017) obtuvo Mención de Honor en el Premio Bellas Artes de Cuento Hispanoamericano Nellie Campobello 2018. También en 2018, obtiene Mención de Honor en el Premio Nacional de Cuento Beatriz Espejo. En 2019 es finalista del concurso de microficción Radio UNAM. En 2019 es el ganador del Premio Bellas Artes de cuento infantil y juvenil “Juan de la Cabada” por el libro *La balada de los niños muertos*.



Ex Libris
Diaboli
Lingua

Ningún zombi, gato, payaso, duende, extraterrestre, muso, viajero del tiempo, monstruo, humano o niño fue dañado en la realización de estas historias.

El payaso debe morir y otros cuentos

se compartió libremente en marzo de 2020, durante la crisis por la pandemia del Covid-19.

D.R. Lengua de Diablo Editorial.